

que lo pusiera en conocimiento del Cabildo de las parroquias unidas.

Semejante suceso no podía menos de ser acogido con señales de profunda satisfacción por todo el vecindario. Ardían los habitantes en noble emulación, juntamente con el Ayuntamiento, por celebrar con mayor magnificencia que nunca, la solemne fiesta instituida por el Papa Urbano IV, y se disponían á rendir piadoso homenaje al adorable Sacramento, en el que, bajo los místicos velos de la Eucaristía, se ostenta real y verdaderamente el cuerpo sacratísimo del Cordero sin mancha.

Pero era la resolución de Su Majestad que el clero de la Capilla palatina, que le había acompañado desde Madrid, ocupase el lugar preferente entre los señalados á los sacerdotes, que habían de ir en la procesión.

¿Cómo acogería esta indicación el Capítulo de las iglesias de la localidad? ¿Consentiría en renunciar á sus derechos y preeminencias, quedando postergado á una Corporación que, aquí, no tenía jurisdicción alguna?

Coincidía con aquella novedad el hallarse vacante el cargo de Prior de las parroquias unidas, circunstancia que venía á complicar más las dificultades del momento. En consecuencia, reunióse inmediatamente, en el coro de la iglesia de San Vicente, todo el clero de ambas parroquias, y procediéndose á la elección, quedó nombrado Prior el Sr. don Miguel Egusquiza. Acto seguido, se dió cuenta del propósito que había manifestado el Rey, y se discutió con gran viveza el punto, aduciéndose razones y argumentos para sostener las prerrogativas capitulares.

No faltaría, entre los congregados, quien tuviese presente que se creó el Patriarcado de las Indias, uniéndolo á la Capellanía Mayor de Palacio, para que un Prelado *vere nullius* ejerciese la jurisdicción cuasi episcopal sobre el regio Alcázar y sus dependencias. Pero recordaría también que, al verificarse la erección de la Capilla Real en parroquia, demarcándose los lugares y matrículas de las personas sujetas á la jurisdicción de la Patriarcal, no se estatuyó cosa alguna que supusiera la subordinación gerárquica de los eclesiásticos del fuero ordinario á los de la esfera palatina; porque ni en las Bulas de Sixto IV ni en la de San Pío V aparece ninguna regla en tal sentido.

Después de madura deliberación, examinados y pesados con extrema circunspección y escurpulosidad los argumentos alegados por los concurrentes, se acordó que no procedía hacer derogación alguna de las prácticas establecidas respecto al orden en que los eclesiásticos debían

colocarse al formar parte de la religiosa comitiva. Y se comisionó á los Sres. D. Bernardo Veroiz y D. Martín Olózaga, Vicarios respectivamente de Santa María y de San Vicente, para que, en unión con el Prior, transmitieran el acuerdo al Sr. Obispo de la Diócesis; como así lo efectuaron aquellos señores.

Ignoramos lo que ocurrió en la entrevista; ni conocemos tampoco los términos de la conferencia que el Prelado celebrara con el Patriarca; porque estos íntimos detalles están preteridos en la curiosa crónica del archivo, que nos ha sido posible examinar.

Sea como quiera, basta trasladarse con un pequeño esfuerzo de imaginación, á la ya lejana época en que aconteció el suceso, para comprender la alarma que cundiría en el vecindario y el desasosiego de que se sentirían poseídos todos los habitantes, creyendo ver preñado el porvenir de las pavorosas consecuencias que había de acarrear la oposición á los deseos del Sumo Imperante.

¿Cómo arrostrar sin temor los efectos del regio desagrado, en unos tiempos en que la persona del Monarca era tenida por sagrada é inviolable, no con las ficciones legales admitidas desde la famosa teoría de la división del Poder público, ideada por Montesquieu, sino con el carácter de efectividad que hacía tributar pleito homenaje á la casi absoluta voluntad del Príncipe?

¡Qué insólita perspectiva! ¡Una colectividad relativamente humilde, siquiera estuviese formada de pastores de Israel, en discrepancia con el coloso, cuyo hercúleo brazo podía tronchar fácilmente la deleznable frágil caña!

En verdad, no eran nuevas estas cuestiones de etiqueta en España, porque en las Cortes de Alcalá surgió un incidente con motivo de querer los Procuradores de la ciudad de Burgos usar de la palabra antes que los de Toledo, quedando dirimida la cuestión por el Rey don Alfonso XI, con la célebre fórmula: «Hable Burgos, que yo hablaré por Toledo»; que más tarde se substituyó por la de «Hable Burgos, que Toledo hará lo que yo le mandare».

En vista de esos precedentes ¿cuál sería la decisión de D. Felipe IV frente á la actitud con tanto tesón tomada por el clero de San Sebastián?

Pronto habían de cesar las dudas.

Dos días después del en que tuvo lugar la junta de San Vicente, ó sea el 27 de Mayo, se verificó en la iglesia de Santa María, la solem-

ne Misa mayor, á la que no dejaron de asistir los capellanes reales, que, «vestidos de sobrepelliz, tomaron asiento en el banco de gobierno, forrado de baqueta, situado al lado de la epístola. Cuando comenzó á marchar la procesión, y puesto en movimiento el palio, el Rey hizo seña con la mano á sus capellanes para que se incorporaran al sagrado séquito. En cuyo momento, se le acercó el Patriarca, diciéndole al oído algunas palabras» (*textual*) que tuvieron la suficiente eficacia para inclinar el ánimo del Soberano en favor de las inmunidades del Cabildo de las parroquias unidas, que ocupó el sitio de costumbre; permaneciendo los eclesiásticos palatinos dentro del templo, en tanto que la procesión recorría las calles de la carrera.

De esta manera tan pacífica y rápida quedó resuelto aquel conflicto, que había dado margen á fatídicos augurios de la gente, temerosa de que las iras de la Corte hicieran fulminar anatemas sobre la población entera.

Pero nada ocurrió que justificara tales recelos. Lo cual demuestra, virtualmente, que el acuerdo adoptado en la sesión del coro de San Vicente, se ceñía á las más perfectas normas de la justicia y del derecho, y que aquellos que lo suscribieron eran varones integérrimos, de entereza genuinamente euskalduna, decididos á sacrificarlo todo antes que abandonar el arca veneranda de tradiciones de que eran depositarios.

El Rey, por su parte, obrando con una elevación de miras que tan bien cuadra á la dignidad de la realeza, quiso desmentir la nota de cesarismo despótico que algunos atribuían á las soberanas resoluciones, desde que Alfonso VI ordenó adoptar el rito romano en vez del gótico, á pesar de haber sido adversa al primero la prueba del fuego; dando origen, con su injusta sentencia, al proverbio: «Allá van leyes do quieren Reyes».

¡Qué contraste también con aquel exaltado y feroz regalismo de D. Fernando el Católico, que mandó al virey de Nápoles ahorcar al cursor del Papa, «do quiera que fuese habido», porque llevaba bulas y despachos que creía contrarios á su autoridad!

Y no sólo se abstuvo D. Felipe de toda medida de encono, sino que otorgó á la entonces villa el título de ciudad, que desde aquella fecha viene ostentando la que los geógrafos de la época denominaban: «*Insigne oppidum, ad mare Oceanum, regni Guipúscoa*». = «Notable ciudad del reino de Guipúzcoa, situada en la costa del Océano».

Y llama tanto más la atención el sesgo dado á la cuestión de precedencia, cuanto que, en tiempos ulteriores, se adoptaron temperamentos de restricción, no obstante tratarse de dignatarios que, en el orden gerárquico, alcanzaban gran superioridad sobre un simple cabil-do parroquial; como puede verse en la resolución de 26 Agosto de 1755, dictada á consulta del Consejo, mandando que se hiciera saber al Sr. Obispo de Valladolid, que había incurrido en el real desagrado, á consecuencia de la contienda sostenida con la Chancillería, por usar de dosel el Prelado en las festividades á que concurriera dicha corporación.

¡Cómoda muletilla la de aquellos famosos «derechos mayestáticos y potestad tuitiva» de que tan extraño uso ha solido hacerse en algunas ocasiones!

¡A cuán profundas consideraciones se presta el exámen desapasionado de estas diversas y opuestas fases de la vida de los pueblos!

Unas veces, la ley se nos ofrece bajo el aspecto de «lo que place al Príncipe»; fórmula que ha parafraseado en los modernos tiempos Guillermo II de Prusia, por boca de su Canciller de hierro, diciendo: «*La force prime le droit*». = «La fuerza lleva la primacía sobre el derecho.»

Otras veces, es la regla de acción, que la razón ordena, inspirándose en el bien general.

En presencia de este flujo y reflujo, de este subir y bajar ¿ocurrirá preguntar si tiene alguna verdad la teoría del historiador italiano Vico, según la cual, la realización de las vicisitudes del linaje humano se puede representar por medio de círculos concéntricos, que aquel denomina *corsi é ricorsi*? No cabe admitir esa concepción fatalista, que sofoca toda iniciativa, y negando implícitamente el libre albedrío, destruye los arranques de la energía nacional.

No; el providencialismo es la ley suprema de la historia; él constituye el regulador perenne de la evolución que se va manifestando en esa serie de generaciones, en cuya misteriosa cadena formamos, los contemporáneos, un eslabón.

Ya lo dijo en grandilocuente estilo el inmortal Bossuet en su Discurso de introducción á la Historia universal: «El hombre se mueve, y Dios dirige sus pasos!»

MANUEL GOROSTIDI.





## PASACALLE

---

Alegre como mañana de Abril, picante como cuento andaluz, saltador como el arroyo espumado que se retuerce en la montaña, toda vida como la juventud, oigo en la hora solemne del alba un pasacalle guipuzcoano, dulzainas que anuncian fiesta. Yo le oigo recién despertado, y mi corazón salta al compás de la regocijada música que ya se aleja, por desgracia, dejándome sumido en grata meditación. ¿Por ventura no es lenguaje la música? En esas horas de calma y soledad que pasan como el humo deshecho por la tormenta, ¿no os ha sucedido mil veces sentir que á su influjo poderoso un castillo de mágicos recuerdos, algunos de ellos alegres como canto de pájaros, tristes los más como el adiós del día, se levanta en vuestra imaginación acalorada y conmueve de opuestas maneras vuestro corazón, mientras de los ojos caen, ardientes y presurosas lágrimas mil? Allá, cuando era niño, en los plácidos días de la inocencia, me despertaba esta misma música; la oí más tarde en la juventud, ese alegre mayo de la vida en el que nacen las rosas y cantan los ruiseñores en la penumbra; cada nota de su canto me recuerda días felices, y también días amargos. Porque yo no sé qué triste destino tiene el hombre hijo de Adán en esta vida, que hasta las sensaciones de placer que experimenta parece que van siempre envueltas en cierto misterioso y sutil velo de tristeza: ligeras neblinas que en medio de los esplendores del día se extienden por los valles del alma, donde nunca asentó la dicha cumplida su trono de esmeraldas y rubíes. ¿Habrán quien comprenda los misterios de este corazón humano siempre palpitante, siempre sediento?....

Pero es lo cierto que mientras oigo el *rataplán* de la música con el festivo *ujujú* de la gente de bronce, siento indefinible gozo que hace que todo mi ser se derrame por praderas y caseríos, por las altas

montañas euskaras donde vive el pastor sencillo con las águilas de vuelo majestuoso, bañadas aquellas de dorada luz al levantarse el sol de su lecho oculto, rico y misterioso, y dar su primer beso á los soberbios montes. Allá, en la alta ermita solitaria, una campana llama á la oración á los sufridos hijos del trabajo, dichosos con su pobreza. Aquí es una hermosa zagaleja que entona agreste canción pensando en quien la ama. Susurra la brisa agitando suavemente las hojas del bosque sombrío, en el que anidan los pájaros en paz más dulce que las mieles que elaboran zumbando las abejas junto al vecino caserío de Echezuri, donde ya se levantaron Peru y Mari y se preparan á pasar el día de Pascua con regocijo. Por allí ando yo con la imaginación y casi oigo la plática que ambos sostienen en voz baja por no despertar á un ángel que duerme en su cuna junto al fogón, mientras pasa brincando y se derrumba por la pradera, como piedra dejada caer desde lo alto, el tierno y atolondrado becerrillo. Dichosos, mil veces dichosos los que viven á la sombra del nogal y del cerezo, escuchando el amable murmullo de una fuentecilla pobre que está diciendo de día y de noche: ¡Viva Euskal-erria! De todas estas cosas y otras muchas más me habla ese ligero pasacalle guipuzcoano que retoza en las calles del pueblo en que nació, diciendo á los que duermen: «Levantaos. Ha llegado la Pascua. Peru y Mari se levantaron también en el caserío lejano de Echezuri, y, ¿veis?, ya reciben las caricias del tierno nietezuelo que también se ha despertado, porque el sol hermoso, Rey del Oriente, le ha besado en su rostro de nieve».

VICENTE DE MONZÓN.



## CELTA, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Su primera acometida es tremenda; el secreto de vencerlos consiste en afrontarla. Lejos de su patria, la nostalgia se apodera de ellos y vuelven el rostro buscando el humo de los hogares paternos: (*«Quin etiam ingenio fluxi, ud prima feroces—Vaniloquum, Celtæ, genus ac mutabile mentis—Respectare domos;—Silio Itálico, lib. VII.* Los romanos los apellidan feroces: *truces Galli* dice el poeta de las guerras púnicas; quéjense cuando no pueden bañar sus brazos sedientos en sangre humana: (*«.....mærebant, cade sine ulla,—Insolitum sibi, bella geri, siccasque cruore—Inter tela si Mavortis hebesce-re dextras»—Sil. Itálico, lib. VII.* Su barbarie tiene cierta grandeza teatral; coronan los cráneos con cerco de oro, y se sirven de ellos como de copas en los festines: (*«Al Celtæ vacui capitis circumdare gaudent—Ossa inefas! auro, ac mensis ea pocula servant».—Sil. Itálico lib. XIII.* Lanzas flechas al sol y corren, espada en mano, contra las olas tempestuosas. En la batalla del cabo Telamón, «además de los cuernos y trompetas que sin descanso sonaban, movióse, de pronto, tal desconcierto de aullidos que, no sólo los hombres y los instrumentos, sino hasta la tierra y los montes del contorno parecían gritar».

Atheneo y Diodoro les acusan de cierto vicio nefando. Tenían en poco la vida, pero la perdían sin dignidad, por un puñado de monedas ó unos vasos de vino. Strabón, siguiendo á Poseidonio, nota su falta de astucia militar, sus furiosas cargas de frente, la facilidad de atraerlos al combate, según las conveniencias de lugar y tiempo. Pondera su docilidad á la palabra persuasiva, su natural despejo para las

letras. Otros observan su afición á la elocuencia y la hipérbole, á la broma y los chistes, la inanidad de sus promesas y palabras, la herborosa deliberación de sus asambleas, donde el presidente atajaba las interrupciones con la espada. La indisciplina de sus tropas era grande; César, al hablar de un refuerzo que hizo venir de la Galia, dice: «*Venerant eo sagittarii ex Rutenis, equites ex Gallia cum multis carris magnisque impedimentis, ut fert gallica consuetudo; erant praeterea cuiusque generis hominum millia circiter sex cum servis liberisque; sed nullus ordo, nullum imperium certum, quum suus quisque consilio uteretur*»; De bello civili, I. 51). Sus pasiones nacionales son dos: combatir reciamente y hablar con agudeza; «*pleraque Gallia duas res industriosissime persequitur, virtutem bellicam et argute loqui*», dice Catón. Su amor propio es tan exagerado, que en cuanto los vencen suena la voz de traición; Vercingetorix fué la primera víctima de este atropellado criterio, cuyo recuerdo nos ha conservado la historia: «*Vercingetorix, quum ad suos redisset, prodicionis insimulatus quod castra propius Romanos movisset..... Regnum Galliae malle Caesaris concessu quam ipsorum habere beneficio*». (De Bello Gall. VII).

Vencidos, pronto se enervaron y perdieron la antigua fiereza; á Tácito le llamó la atención el contraste entre los Bretones independientes y los sometidos: «el valor de los Bretones que no se ha resfriado con una dilatada paz es más bizarro; sabido es que los Galos también brillaron en los combates. Pronto la paz produjo la indolencia y perdieron el valor con la libertad á una. Así han degenerado entre los Bretones las tribus antes sometidas; las demás, lo que fueron los Galos son: (*plus tamen ferociae Britannii praferunt, ut quos nondum longa pax emollicent; nam Gallos quoque in bellis floruisse accepimus; mox segnitia cum otio intravit, amissa virtute pariter ac libertate, quod Britannorum olim victis evenit; ceteri manent quales Galli fuerunt.*)—Vida de Cn. J. Agrícola, XI). Strabón nos advierte que treinta años después de la conquista no pensaban en la guerra y ceñían sus aficiones á la agricultura y las artes de la paz. (LV, 1).

A pesar de la antipatía que movió la pluma de los clásicos no ocultaron, del todo, las cualidades morales de esa gente. César, con espíritu imparcial celebró su generosidad, afabilidad, hospitalidad y franqueza. En el platillo de la balanza pesa un dón magnánimo, flor

de imponderable rareza; á menudo—dice Strabón—defienden la causa del oprimido.

Su carácter voltario se reflejaba en las sayas y túnicas multicolores y floreadas. Mazizas cadenas de oro pendían sobre sus pechos descubiertos. Al combatir se desnudaban, conservando, á lo más, sus pantalones ó *bragas*. Aterrorizaba la veloz acometida de aquellos altos y membrudos cuerpos blancos, erizados los largos bigotes, peinada hácia atrás la melena leonina, defendidos por escudos tan altos como un hombre y ornados de figuras de bronce en relieve, sobre la faz colérica la sombra de su casco de gran vuelo, de donde salían retorcidos cuernos, ó donde se posaban figuras de aves y cuadrúpedos fantásticos. Pero si batían el obstáculo con el ímpetu del mar, faltábales la insistencia de las olas.

La característica del temperamento galo es la nerviosidad, tanto más vivrante cuanto mayor el número de personas sometidas á la misma inducción nerviosa, multiplicándose la pasión de cada uno por la de todos. De aquí la violencia y rapidez extrema de las conmociones sociales en Francia: el *¡Dios lo quiere!* de la primera cruzada, la monomanía homicida del Terror.

Tal era el pueblo que la Providencia mezcló á los Celtas y fué su elemento impulsivo, como el vapor lento de la caldera.

### RAZA CÉLTICA

Estos de que voy á hablar ahora son los verdaderos Celtas de la etnología, los que halló César establecidos en la Francia central, entre el Garona al sudoeste y el Sena y Marne al nordeste, cuyos representantes modernos más genuinos son los habitantes de la Auvernia, Delfinado, Saboya, Alpes Marítimos y cantón de los Grisones.

Disuenan los autores respecto al nombre de esta raza; hay quien la llama saboyana, bretona, rhética, auverñata (ú overniata); Pruner-Bey la denominó *lappanoide*, y prefieren muchos el término de Ligúr, porque este pueblo, con su índice cefálico de 86 y otros caracteres físicos, parece el más puro ejemplar de ella. Yo usaré este nombre promiscuamente con el histórico de Celta.

Los ascendientes neolíticos de los Ligures se encuentran en el yacimiento superior de Grenelle y en las estaciones de Furfooz.

Los autores ingleses, bien porque no conocen los trabajos de Bro-

ca, bien porque no les han persuadido, prosiguen confundiendo los pseudo Celtas ó Kymris de los túmulos redondeados de la Gran Bretaña y los verdaderos Celtas de Francia, explicando la estatura más baja y los cabellos más oscuros de estos, mediante el cruzamiento con la raza ibérica. Ignoran ó rechazan que á la época gala ó kymrica, precedió otra céltica. Mr. Taylor agudamente objeta que el tipo nuevo debería resultar intermedio entre ambos progenitores, no siendo fácil de entender cómo una raza (la ibérica), cuyo índice mide 72, unida á otra cuyo índice es de 81 (la de los túmulos redondeados), produce otra con índice de 84; ó en otros términos, cómo de una raza dolicocefala y de otra moderadamente braquicéfala que se cruzan, procede la tercera con braquicefalia extremada; ni tampoco cómo el producto del cruzamiento entre los altos y rubios y los pequeños y morenos, puede ser más moreno y pequeño que las razas madres.

Al hablar de las razas de Furfooz, mencioné el hecho curioso de que, por las trazas, hacía el norte, tenían cerrado el camino á los cuarenta kilómetros, mientras que por el sur lo tenían abierto en una extensión de cuatrocientos ó quinientos. Con efecto, los materiales de sus armas y ornamentos, eran traídos de las regiones lejanas del sur y sudoeste, habitadas hoy por una raza semejante, pequeña y braquicéfala, y no podían utilizar los recursos de los parajes vecinos del norte y nordeste, donde habitaba un tipo étnico diferente. El sílex de sus armas procedía, no del Hainaut próximo, sino de la Champagne y aun de la Turena remotas; el azabache, de Lorena, y las conchas, de Grignon. Luego los habitantes de la Lesse no podían salvar la línea de la Sambre y del Mosa; luego las colinas del Hainaut estaban en poder de una raza hostil y más poderosa. Esta raza, probablemente, era la Kymrica.

Al mismo tiempo, sin duda, que los Celtas retrocedían de su frontera septentrional, comenzaron á invadir el territorio ibérico. En las grutas sepulcrales artificiales del Marne, lazo de unión entre las cavernas naturales del valle de la Lesse y los dólmenes más recientes de la Francia central, aparecen mezclados cráneos dolicocefalos ibéricos y braquicéfalos ligures, prueba de la convivencia pacífica de ambas razas. Hacia el Sur, en la Lozere, la caverna del Hombre-Muerto, y otras de igual antigüedad, sólo contenían cráneos dolicocefalos de tipo ibérico, pero en los dólmenes, que son más recientes, Mr. Pruniere encontró cráneos de tipo braquicéfalo marcado, revueltos con algunos



dolicocéfalos, de tipo intermedio. Luego los hombres de las cavernas, padecieron la invasión de los constructores de dólmenes. Hubo resistencia; las sepulturas de las cavernas contienen huesos con puntas de flecha clavadas, semejantes á las que usaban los Celtas.

Los Auverñates, según Broca, son menos altos que los Belgas y otros Galos del Norte; tienen los cabellos de color castaño oscuro, grises, verdosos ó de matices, claros los ojos. Su braquicefalia es de 84,07 por término medio, en la serie de Saint-Nectaire, estudiada por Broca. Su capacidad craneana excede, con mucho, á la de los parisienses. Su frente es ancha y llena, sus crestas super-ciliares muy desarrolladas. Sus arcos zigomáticos, están muy escondidos, y por tanto, en muchos casos, resulta el ángulo fonetal, negativo. Su cara es ancha, proporcionalmente al cráneo; son leptorrinos y ortonatos. En el vivo su cara parece aplastada y de forma rectangular; á menudo tienen juanetudos los pómulos y cuadrada la mandíbula inferior. Su nariz de línea cóncava y punta levantada, es poco saliente, y parece como implantada en una depresión del medio del rostro. La cabeza es abultada, relativamente estrecho el cuello, rebasado por los ángulos de la mandíbula. Son robustos, musculosos y de miembros recios. Todos estos caracteres constituyen el tipo celta, que en los Bajo-Bretones se revela más mitigado por la mayor infiltración de sangre kymrica.

La raza celta invadió la Europa occidental, á la terminación de la época del reno. Su camino de invasión parece haber sido la cordillera de los Alpes.

En las tumbas prehistóricas de la Suiza oriental, que es la antigua Rhetia, se encuentran cráneos braquicéfalos, (tipo de Disensis) cuyo índice cefálico de 86,5 es más alto que el de ninguna otra raza existente ahora; por este rasgo se les acercan los Ligures modernos y los Lapones. Los constructores de las ciudades lacustres fueron los Helvecios, pueblo pariente de los Galo-belgas. Es imposible confundir sus cráneos, braquicéfalos también, pero parecidos á los de los túmulos redondeados de la Gran Bretaña, con los del tipo de Disensis, pues el índice de ellos no excede de 80,3 y además son proñatos.

Rütimeyer é Hís, autores de la *Crania Helvética*, resueltamente proclaman que son diferentes el tipo rhético y el de los túmulos circulares ó redondeados de la Gran Bretaña y de los túmulos daneses. El profesor Boyd Daukins, á pesar de la diferencia de talla, asimila el tipo de Furfooz al de dichos túmulos ingleses; Taylor replica que parece

más conforme á la evidencia el encasillar á los hombres de alta estatura contemporáneos de los túmulos redondeados, que casi seguramente eran de cabellos rojos y tez sonrosada, dentro de la raza úgrica, que ostenta esos caracteres de talla, cabellera y coloración, y formar grupo con la raza pequeña y braquicéfala de Francia, Bélgica y Suiza, morena según todos los indicios, y los Lapones y parte de los Fineses.

Taylor establece el parentesco de Auverñates y Lapones por los caracteres análogos, y aun comunes, del índice cefálico, pequeñez notable del ángulo parietal y exigüidad de la talla. También aduce el color moreno de la piel y el negro de los ojos y cabellos. Pero hemos visto que, según Broca, predominan los ojos claros, y en cuanto al color de la tez, no faltan autores que nos la describen con los epítetos de fresca y sonrosada.

Porque algunos escritores suelen usar, á calidad de sinónimos, los nombres de finés y lapón, conviene advertir que los tipos correspondientes difieren mucho, por la estatura, color del pelo, ojos y piel, forma de la nariz, etc., y que no es cauto referirse á un patrón ó ejemplar fínico, puesto que la raza finesa no es homogénea, ni mucho menos, y se compone de individuos parecidos á los Eslavos, á los Suecos y á los Lapones. Es la cuestión del finismo muy obscura y compleja, y todavía no se ha practicado la operación prévia de aislar los componentes étnicos de dicha raza. Lingüísticamente, Lapones y Fineses forman parte del mismo grupo: el úgrico.

Los Ligures ó Liguos, pequeños, morenos, fornidos, de cabello negro crespo ó rizado y muy braquicéfalos, son representantes característicos de la raza celta, la cual compartió con la ibera, antes de la inmigración de los Umbro-latinos, la posesión de Italia, donde al sur predomina la dolicocefalia y al norte la braquicefalia (Lombardía, Venecia, Emilia). Los Ligures ocuparon, también, la Córcega.

He aquí la pintura que de los Ligures trazan Diodoro de Sicilia y Strabón, repitiendo las noticias que hallaron en Posidonio de Apamea, justamente notado de observador sagaz y exacto: dicen que son agricultores laboriosísimos, á pesar de la esterilidad extraordinaria de la tierra. Por el continuo ejercicio y la pobre alimentación son sus cuerpos enjutos y nerviosos. Las mujeres trabajan tanto como los hombres; y cuando estaban arrancando piedra de las canteras y les sobrevenían los dolores del parto, retirábanse un trecho, parían y reanudaban, en seguida, la labor. La frialdad de sus montañas cubiertas de

nieve y el hábito de recorrer parajes para otros impracticables, comunican á sus miembros gran fuerza muscular. De aquí el refrán: el Ligur más flaco tumba al Galo más vigoroso. Muchos de ellos beben agua sola, y otros licor de cebada fermentada; comen la carne de animales domésticos y salvajes y legumbres del país, pues sus regiones son inaccesibles á los dioses más amables: Demeter y Dyonusos. Los ménos duermen en miserables cabañas; los más en grietas de peñas y cavernas. A Silio Itálico le llamó la atención la agilidad del Ligur; «*pernix Ligus*», dice en su poema. Llevaban los cabellos largos: de aquí su apodo de *Capillati*. Pero esta costumbre sería propia de alguna tribu, porque Lucano les da el apelativo de «rapados»; «....*tonse Ligur*» dice en la Farsalia (lib. I.)

Las mujeres alcanzaron importancia política, si nos informa bien un pasaje del tratado *De Virt. Mulier.* de Plutarco. Dice que cuando Hannibal concertó con los rímulos de la Narbonense, reunidos en Rusino, el paso del Ródano, consignó el tratado que las reclamaciones de los Cartagineses contra los indígenas, serían decididas, sin ulterior recurso, por las mujeres de estos últimos. También se atribuye este arbitraje femenino en los negocios importantes, á las mujeres aquitanas.

Karl Müllenhof y otros autores, sostienen que los Ligures son extraños á la familia indo-europea, pre-aryos, proposición á la cual no presta su asentimiento Mr. d'Arbois de Juvainville. Mr. Alfred Maury opina que si no eran de cepa céltica, por lo menos habían recibido temprano una infusión abundante de sangre celta y adoptado un idioma de esa familia. Si por Celta se entiende Kymri, la opinión de Mr. Maury pudiera ser, parcialmente, exacta.

Algunos escritores, siguiendo las huellas del ilustre Humboldt dicen que los Ligures son tribu ibérica y explican su nombre por el baskuenze, derivándolo de *Ili-gora* «pueblo alto». Amadeo Thierry piensa que los Ligures eran oriundos de la cordillera de montañas cuyos piés riega el Guadiana. Ampere también vota por su iberismo. Mr. d'Arbois opone á esta hipótesis la excepción perentoria del nombre del pueblo, que era *Liguses*; antes que el rotacismo ó substitución de la *r* por la *s* entre dos vocales produjera la forma *Ligures*. Cicerón, Virgilio, Tácito, emplearon el nominativo *Ligus*, y se conservó el adjetivo *ligusticus* que ha pasado al castellano *ligústico*. Los Griegos desfiguraron el *Ligus* en *Ligones*, *Ligües* y *Ligyes*. Sus ramas más meridionales de Italia llevaron el nombre de Sículos. El que á sí pro-

pios se daban los Ligures, por lo menos en tiempo de Mário, según testimonio de Plutarco, es el de *Ambrones*, que explica el sanscrito *anibr-na-s*, «poderoso, terrible». De la lengua ligúrica conocemos la palabra «*azia*» «semilla» que nos transmitió Plinio y algunos nombres propios de pueblos, montes, ríos, etc., y además ciertas terminaciones y componentes, por hipótesis más ó menos plausibles, adjudicadas al idioma ligur. Y aun mejor conocida, acaso nos auxiliaría poco para la determinación de la raza, pues la creencia general es que perdieron su idioma propio prematuramente. Sucede, por lo tanto, con ellos, lo mismo que si en tiempos futuros se intentase determinar la raza de los nabarros castellanizados actuales, por los nombres castellanos que van imponiendo á los términos de sus campos. Se ha de voltear y remover profundamente la tierra para llegar á las últimas capas y sacar á luz los remotísimos vestigios y vetustas reliquias. Raras veces, y aun mejor dicho, acaso nunca se borra del todo una lengua; pues á modo de restos del naufragio, sobrenadan aquí y allí vocablos del idioma materno, ora porque su pronunciación no repugna al pegadizo, ora porque los caprichos de la homofonía les dan carta de naturaleza, sin contar los que retienen la literatura, historia y documentos oficiales.

En una excursión por los pueblos de las faldas de Carrara, entre la Magra y la Burlamaeca, (Sargana, Aveuga, Serravezza, Luni, Massa, Pietrasanta, etc.), noté muchos tipos, singularmente de mujeres, que presentaban extraordinario parecido físico con los de la costa guipuzkoana, sobre todo, cuando no los revestía de aire para un exótico, el pintoresco traje del país, mejor conservado entre los campesinos.

ARTURO CAMPIÓN.

(*Se continuará*)



## LABORANTZAREN KANTA



Jeiki, jeiki etchekoak  
Argia da zabala....  
(Kanta zarraren doñuan)

Munduan, oi, zoin eder den  
Oorezko bizia! (*berriz*)  
Guziz laborariaren  
Lanak irabazia  
Ark du orai, nola leen,  
Azten mundu guzia! (*berriz*).

Laborantza gauza andi  
Eta boteretsua!  
Artan da lanean ari  
Jainkoaren eskua;  
Gizonaren eskuari  
Berma dadin lotua!

Ez baliz laboraririk  
Its lagozke bazterrak!  
Ez liro gauza andirik  
Eman alor alferrak:  
Iritarra, ik segurik  
Zer jan ezaken errak!

Bizitzeko bear diren  
Gauza leen leenak,  
Bii, fruitu, zer nai den,

Oilo, abere gizenak,  
Munduak laborarien  
Eskutik ditu denak!

Laboraria lanean  
Egunaz da nekatzen:  
Bainan gero, arratsean,  
Familiaz gozatzen.  
Gauaz aise da ocan  
Goizeraino lokartzen!

---

## Noticias bibliográficas y literarias

---

El conocido é inteligente editor de Tolosa nuestro querido amigo D. Eusebio López nos ha remitido el sexto y último tomo de la primera parte de la notable obra «Spicilegium concionatorium», escrita en latín.

A instancias de muchos señores sacerdotes se dará principio en breve á la segunda parte de la misma obra intitulada «Spicilegium catechetico-concionatorium» y constará de cuatro tomos de 450 á 500 páginas cada uno.

Su importe será de 24 pesetas en rústica y 28 con sólida encuadernación.

Las suscripciones podrán encargarse al editor.

A los respectivos autores ó editores agradecemos la atención que han tenido con nosotros.

\* \* \*

También hemos tenido el gusto de recibir un ejemplar del tomo XI de la Biblioteca Bascongada, dirigida por nuestro distinguido amigo y colaborador D. Fermín Herrán.

Contiene dicho volumen las poesías del Sr. Arzadun con un hermoso prólogo de D. Miguel de Unamuno.

---



# UŠO MANDATARIYA

Ušo churi bat oso polita  
ikusi dizut lenguan,  
zelai gorriyan beti mokoka  
ez dakit zer jaten zuan;  
gerora berriz ikusi dizut  
ušu au kanpo-santuan,  
jira ta bira gelditu gabe  
aingeru baten onduan.

Paper chiki bat bertan laja ta  
alde egiñ dizu egan,  
nere barrena eziñ egonzan  
ikusi gabe au zer zan;  
paperchu ori chit zaleturik  
artu dizut eskuetan,  
itz polit obek jartzen zituben  
urre gorrizko letretan.

Jaunak bialdurik etorriya naiz  
mundura ni mandatari,  
gurasochuak jakin dezaten  
beren aur maitien berri;  
emen lur-pian egonagatik  
egan joan zaizka Berari,  
berri obechek gaur zerutikan  
onera ditut ekarri.

Jakin bezate, bada, guraso  
aurchoen faltan daudenak,  
Jaunak berekin daukazkiyela  
zeruban arturik denak;  
ušu onechek gaur kenduditu  
gorderik zeuzkaten penak,  
aušen da poza senti dubena  
oraiñchen beren barrenak.

Chori chiki ta lore tartian  
daude gaur gure aurchuak,  
beti jolasten aldamenetik  
dituztela aingeruak;  
beti ta beti orla iduki  
ditzala gure Jainkuak,  
gauza oberik eziñ desio  
maite ditun gurasuak.

KAYETANO SANCHEZ IRURE.

## EL ORIGEN DEL CARRO EUSKALDUN



El exceso de celo ha podido inducir á veces á mis paisanos á teorías, pretendiendo demostrar el carácter propio y exclusivo, el origen euskaro de todas las invenciones de utensilios, indumentaria, símbolos, etc.

A mí, que no trato de hacer afirmaciones exageradas ni rotundas, ha de serme permitido exponer aquí algunas observaciones que quizás tengan visos de verosimilitud mientras no se demuestre lo contrario, y que se refieren al origen del carro de nuestros aldeanos. No pretendo convencer á nadie, pero valga por lo que valiere, y esperando explicaciones más plausibles de parte de quienes puedan hacerlas en forma más elegante y con fondo más sólido, allá va mi modesto ensayo.

Cuando se empezaron á roturar los bosques para utilizar el terreno libre en la siembra de grano, se aprovechaban las maderas para cercar (*ichi*) aquel contra las incursiones del ganado y de las bestias del campo, y también para construir la cabaña ó casa (*eche*) del labrador; según fué pasando el tiempo, fué aumentando el terreno cultivado y disminuyendo el bosque, de tal modo, que las maderas necesarias para el cercado y la casa y para los diferentes utensilios había que ir á buscarlas á cierta distancia en el monte, desde el cual se dejaban resbalar y rodar por la pendiente, hasta que llegando á una llanada, era preciso arrastrarlas (*terratu*). Para el arrastre se comprendió que podían muy bien servir los bueyes mansos, siempre que se pudiesen sujetar á sus cuernos por medio de correas ó tiras de corteza los troncos de árboles ya derribados, y cuando éstos no eran muy grandes y pesados se pudo muy pronto caer en la cuenta de que el leñador mismo poniéndose encima del tronco podía ser llevado por los bueyes de un sitio á otro y lo mismo que el leñador una carga cualquiera. Pero la carga se

caía con facilidad á los lados, lo que obligaba á apuntarla, y de aquí debió venir la ocurrencia de que en vez de tener que apuntarla á cada paso era mucho mejor poner dos troncos, uno contra otro, y sobre los dos la carga. También se observó que estos dos troncos se gastaban y alisaban por debajo al rodar contra el suelo, y que en los días lluviosos resbalaban mucho mejor sobre las peñas que en los días secos; de estas dos observaciones nació la invención de la narria ó *lera*, en asturiano *abasón*, de *abasar*=arrastrar, que llegó á tener mucha importancia en los países de grandes llanuras que se hielan en invierno, originando los trineos.

En los países montañosos ó escabrosos y donde el invierno no es tan riguroso para que las heladas sean muy repetidas y duraderas, la narria no acababa de resolver la cuestión, teniendo que esforzar su imaginación algo más los naturales del país por ver si podían atinar con otro medio de transporte mejor acomodado á las condiciones del terreno; y efectivamente, en el arrastre de maderas se pudo ver que éstas quedaban muchas veces atascadas por el tropiezo con peñascos, piedras ó ramas, pero cuando estas piedras ó ramas tenían alguna redondez en el sentido del arrastre, daban vuelta con facilidad, y muchas veces en vez de dificultar facilitaban el movimiento; también se había visto que cuando los troncos rodaban por la pendiente solían ir más de prisa que cuando resbalaban sin rodar, y así fué que se le debió ocurrir al leñador ir poniendo debajo de los troncos ramas redondas ó rodillos sobre los que se deslizase la carga. Estos rodillos tenía que volver á colocarlos cada vez que su carga había recorrido un cierto trecho, y había que idear el medio de evitarse esta molestia; no faltó ocasión para ejercitar la inventiva, porque no había más que fijarse en que, cuando el tronco colocado sobre los rodillos tenía algún saliente bastante grande por debajo, el rodillo que tropezaba por detrás con aquel saliente, en vez de quedar rezagado, seguía rodando con el tronco, y aunque al principio esto retardaba el movimiento, más tarde, á fuerza de rozarse se iban alisando el tronco y el rodillo. Así se vió la ventaja de que el rodillo siguiera á la carga en su movimiento sin quedarse atrás, y se les hizo una muesca á los maderos que servían para sostener la carga sobre el rodillo, de modo que éste quedase siempre encajado en la muesca. Más tarde pudo descubrirse que cuanto más grueso era el rodillo, menos vuelta tenía que dar para recorrer un cierto trecho, pero al mismo tiempo resultaba más pesado y con más puntos de rozamien-

to contra los maderos; no faltó, oportunidad, sin embargo, para ver que había troncos más delgados por su parte media que por los extremos, y que presentaban la ventaja de los gruesos de tener que dar menos vueltas, y la ventaja de los delgados de tener menos rozamientos; no había más que tomarse el trabajo de adelgazar por el medio los troncos gruesos.

¿Qué queda ya que inventar para llegar hasta el carro? De un rodillo más ancho por los extremos que por el medio y sobre el que se ponen unos maderos con muescas donde encaja aquel á lo que es el carro aldeano, no hay más intermedio que el uso de las tablas labradas en vez de los troncos y de las ruedas en vez de rodillos; parte de las ventajas de las tablas ajustadas se había descubierto en la narria, y también en la construcción de la casa; parte era resultado del descubrimiento de útiles más perfectos de carpintería, merced al uso del hierro. La primera forma de rueda debió consistir en un rodillo muy estrecho que por los dos extremos encajaba en dos discos ó rodajas de tronco mucho más anchas que aquel; á esto se parece el carro representado en la columna de Antonino. A esta primera forma sucedieron la portuguesa haciendo dos huecos en la rodaja para disminuir el peso; la gallega formando la rodaja de tres piezas, una derecha en arco ó comba, dejando dos huecos parecidos á los de la portuguesa; la basca de hoy con una pieza fuerte y sobre ella clavados tablones, que además se sujetan con flejes de hierro, no escaso en el país; la encartada, que no tiene más que dos de estos tablones, y para darle la redondez seis piezas en arco ó comba, dejando seis huecos; la montañesa, que para ahorrarse hierro y madera se vale de un encaje de caballetes cruzados, tres largos y seis cortos, montados en dos travesaños, y por último, la asturiana, que es un término medio entre la gallega y la encartada.

Cada una de estas formas de ruedas se ha debido inventar en el país en que hoy las vemos, porque si no, no habría tal variedad dentro de un territorio limitado á la costa cantábrica y parte de la atlántica de España y Portugal. El origen común á todas ellas debe ser también indígena; porque aparte de la semejanza que tienen con las encartadas las ruedas de los carros de la Manchuria, país situado en el otro extremo del antiguo continente, aunque en la misma latitud y que no es verosímil que nos enseñase á construir nuestros carros, en ninguna parte se ven carros que se parezcan en nada á estos; los de China, Indochina, Japón, India y Persia, los antiguos de Grecia, Asiria y Egip-

to, los prehistóricos de la edad de hierro y aún del bronce en Europa, tienen todos ruedas con cubo y radios, desde éste á la circunferencia, y no pueden considerarse como primitivos ó inventados en una pieza, sino como perfeccionamiento de otros más antiguos en países de grandes llanuras y de clima templado.

Fuera de los países citados, vemos que más hácia el Norte se usa el trineo, perfeccionamiento de la narria en países de grandes llanuras y de clima frío; más hácia el Sud, vemos que en vez de carros se usan para el transporte solamente las bestias de carga y silla, como sucede en las regiones montañosas del centro y mediodía de España, más en armonía con el estado pastoril que con el labrador; en Marruecos la litera sostenida entre una mula delantera y otra trasera (si se trata de damas principales); en el centro de África sirven de cargadores los esclavos; en el antiguo Méjico y Perú los emperadores eran llevados en andas: en resúmen, que nuestras latitudes y nuestras montañas parecen representar el núcleo primitivo de donde irradian hácia el norte los trineos y hácia las antiguas civilizaciones mediterráneas los carros.

Nótese bien que establezco la irradiación del descubrimiento y perfeccionamiento caminando de Norte á Sud, y no de Poniente á Levante; por consiguiente, no pretendo sostener la teoría de que el carro basco sea el origen de los antiguos carros asirios, egipcios y griegos.

Lo que presumo es que siguiendo la marcha parecida á la que he expuesto, aunque con algunas diferencias, descubrieron la idea del carro independientemente unos de otros los naturales de las diferentes regiones montañosas, escabrosas y pobladas de bosques de la zona templada septentrional del antiguo continente en su parte meridional, que limita con los países mediterráneos y con las estepas del Asia; de este modo la costa cantábrica española y la costa pacífica de Manchuria no serían más que los eslabones extremos de una cadena, cuya parte intermedia se hubiera sumergido bajo las olas de las sucesivas emigraciones, invasiones y civilizaciones que se han sucedido en el antiguo mundo.

En este último extremo occidental del antiguo mundo ha persistido el carro primitivo, porque las artes de la civilización no avanzan por grandes marejadas como las emigraciones é invasiones, sino por difusión é infiltración: los colonos fenicios, griegos y cartagineses no eran más que mercaderes y mineros que únicamente venían á Iberia por su negocio y no con la idea generosa de difundir la civilización;

sólo incidentalmente y por su propia comodidad resultaba el establecimiento en el país de artífices ó artesanos inmigrados; ni los mercaderes de la colonia procedían de la gente más refinada de su país para poder exigir muchos primores, ni los artesanos que acá venían á ejercer sus artes serían los más hábiles é ingeniosos, ni habían de tener mucho esmero y solicitud en instruir á los naturales en tales artes á medio aprender y así se comprende que siendo España el último rincón del mundo para aquellas gentes levantinas fuera también el menos influido por su civilización artística.

Por otra parte la influencia de los países vecinos también explica ciertas diferencias; nunca han tenido los marroquíes, ni siquiera los cartagineses, una civilización comparable con la de los egipcios, y si volvemos la vista hácia el Septentrión, non encontramos con el mar Cantábrico, auxiliar poderoso de nuestra independencia por su acreditada bravura, de tal manera que sólo de refilón nos tocaron las inmigraciones de gente del Norte antes y después de la caída del imperio romano.

Así se comprende que poseamos todavía un carro original, propio, legítimo, genuinamente nuestro y capaz de perfeccionamientos también originales y que en los Alpes y los Balkanes no se vea ni rastro de cosa semejante, como tampoco ha quedado entre ellos rastro ninguno de idioma anterior á los arios.

TELESFORO DE ARANZADI.





## A UNA MARIPOSA

Mariposa á mi lado  
que voltejea,  
parece que me anuncia  
voy á mi aldea,  
pues el mejor encanto  
que yo tendría,  
fuera el vivir siempre  
en Euskal-erría.

El no ver mis montañas  
á toda hora,  
produce la nostalgia  
que me devora.  
Pronto me animara,  
reviviría,  
al respirar los aires  
de Euskal-erría.

Y entre verde follaje  
ver caseríos,  
y escuchar el murmurio  
de aquellos ríos.  
Mariposilla hermosa  
¡feliz sería,  
contemplando los valles  
de Euskal-erría!

Mariposilla blanca,  
revolotea,  
que siempre en torno mío  
siempre, te vea.  
Mariposilla blanca  
¡oh! qué alegría  
si voláramos juntos  
á Euskal-erría!

V. R. C.

### SECCIÓN AMENA

## AMA-ALABEN TRATUBÁ

Aiñ egarri izan arren  
goisian baraurik,  
¿ez dau, aita, probatu  
amachok ardaurik?

—¿Nok ezer ezandotzu  
alaba maitea?

¿Ala guradozu neuk  
orain eratea?

—Ez.

—Eran ezdabela  
nik zuri ezateko  
basucho bete emon dozt  
neuk bere erateko.

BONIFAZIO LACHA ETA AGIRRE.

\* \* \*

## ¿NOLA?

Jaun batek topaturik  
lagun bat kalia  
esan zion izketan  
asi ziranian:

—Ez nekien zu emen  
izaten ziñanik,  
argatik gelditu naiz  
oso arriturik  
uste ez nubelako  
emen ikusterik.

—Asteero etortzen naiz  
erri onetara,  
gozoro amabost egun  
bertan pasatzera.

ENRIKE ELIZECHEA.

Errenterian.



## LA BIBLIOTECA DE SAGARMINAGA

(CONCLUSIÓN)

Todas estas indicaciones y otras no menos curiosas é interesantes que no se escapan á la sagacidad y penetración de V. E., tienen su lugar adecuado en el Catálogo crítico de que repetidas veces he hecho mención, pero he juzgado que no cabía prescindir de ellas en esta especie de esbozo que ahora trazo de mis planes. Así, por otra parte, se ve ó se presiente la utilidad que ha de prestar al investigador la formación de un catálogo en que no se omitan, por escrúpulos de prolijidad, aquellas noticias y observaciones que más útiles pueden serle para su labor.

Y esto, sobre todo, para las secciones que pudiéramos llamar especiales, como esta bascongada, y como otra cuya creación me parece también conveniente, y es la americana ó americanista, á la cual habrían de ir, por no haber lugar en que mejor encajen, las obras que traten del Archipiélago filipino. Es decir, que la sección americana, más que americana y con mayor exactitud, puede denominarse sección de Indias, por abarcar las que en la época del mayor florecimiento de la dominación española, se conocían con los nombres de Indias Orien-

tales y occidentales. Los libros que tratan de América son buscados con afán, sobre todo desde hace algunos años á esta parte: esa sed de saber que aqueja al hombre, y que le lleva á penetrar en el alma de las sociedades bárbaras, y hasta á rastrear, á través de los jeroglíficos egipcios y de las escrituras cuneiformes, la vida de aquellos pueblos antiquísimos, no se satisface con abarcar los términos del antiguo mundo: se ha extendido también al conocimiento del Continente descubierto por Colón, y con ese espíritu crítico y esa adivinación semi-poética que caracteriza á los estudios históricos llevados á cabo con tanta gloria por el siglo XIX, nos hace asistir con admiración, mezclada de entusiasmo, á una como evocación de razas y tiempos que parecían definitivamente olvidados, y cubiertos por velos que el hombre moderno no había de rasgar. Pero á tanto llega el poder de la investigación bien encaminada, y de tales maravillas es capaz el espíritu humano cuando se mueve, con noble empeño, en busca de la verdad, que de día en día va aumentándose el caudal de peregrinas noticias referentes á la América ante-colombina. Y se comprende el entusiasmo que tales noticias despiertan y el vuelo que han adquirido en nuestros días los estudios americanistas, ya con la celebración de Congresos científicos en que los sabios de unas y otras naciones se comunican mutuamente sus descubrimientos, ya con la publicación de libros y relaciones de los primeros exploradores, con sólo parar mientes en la magnitud y transcendencia de la empresa de Colón, la cual, á juicio del doctísimo Valera, es, después de la teofanía del Sinaí y de la Redención del hombre por el Hijo de Dios, el mayor acontecimiento que registra la historia.

La renovación total de los estudios históricos á que estamos asistiendo los hijos del siglo XIX, ha traído un modo más amplio y más profundo de ver las cosas pasadas, y por ello conseguimos hoy, aun en las propias relaciones de los primeros exploradores y descubridores de la América, encontrar algo, y aun mucho, que ni siquiera se imaginaba el mismo que las escribía. Y por eso se buscan actualmente con tanto afán y con tan ardoroso empeño los libros escritos en aquella sazón y por quienes fueron actores de aquella epopeya asombrosa que comenzó con Colón, y no acabó sino cuando las naves europeas recalaron en todos los puertos del Nuevo Continente, y llevaron á todos ellos, con la Cruz de Cristo, la cultura y civilización del Viejo Mundo.

De ese afán y de ese entusiasmo debió participar el Sr. Sagarmina-

ga, á juzgar por los libros que he encontrado en su biblioteca, tocantes á cosas de América exclusivamente, aun sin tener en cuenta aquellos otros que, tratando de otras materias, son, sin embargo, utilísimos para quien quiera conocer la historia del descubrimiento, como v. g., las historias de los Reyes Católicos, pues ellas sirven no poco para averiguar la forma y manera como Colón organizó la empresa que había de inmortalizar su nombre, y dilatar las fronteras del mundo conocido. Por esa misma razón, y hasta por la singularidad de muchas de estas noticias, se impone también aquí, como se ha dicho al tratarse de la sección bascongada, la formación del catálogo razonado y crítico, pues así, por ejemplo, podrá el investigador que desee consultar todo lo que esta colección de libros contiene de cosas de América, saber en qué parte lo ha de encontrar, y qué luces son las que ha de proporcionarle cada obra. No cabe, v. g., incluir en la sección americana ó americanista la *Historia de los Reyes Católicos*, por Prescott; pero sí indicar someramente en el mencionado Catálogo lo que esa historia encierra de interés para el investigador de antigüedades americanas. Y quien dice Prescott, dice otro cualquiera de los historiadores de los Reyes Católicos, que no quiero citar aquí, por no hacer fastidiosa y prolija la enumeración.

Y aún hay otro motivo para que en una biblioteca como esta, situada en país bascongado, y perteneciente á la Corporación que administra los intereses de Bizcaya, se forme una sección americana. Y ese motivo lo habrá adivinado V. E.: no es otro que la participación activa, extraordinaria, inmensa, que los hijos de la Euskal-erria tuvieron en el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo. Sobre los nombres que están en la memoria de todos, y que son demostración gloriosa y perdurable de la generosa actividad de nuestra raza, y de su virilidad y excepcional aptitud para las empresas más arduas y arriesgadas, hay, seguramente, no pocos oscuros que han quedado sepultados para siempre en los limbos de la historia, sin que ninguna mano piadosa pueda levantar la losa pesadísima del olvido que sobre ellos cayó. Pero aun con aquellos nombres que han alcanzado extensa popularidad, hay más que bastante para tejer la más espléndida y magnífica de las coronas á la tierra que con ellos se enorgullece. Temores muy justificados de molestar sobradamente la atención de V. E., me impiden recordarlos todos; pero no quiero, por otra parte, pasar en silencio nombres como el de Fray Juan de Zumárraga, primer Arzo-

bispo de México, á cuyo celo por la difusión de la doctrina de Cristo y de la civilización europea, se debió la introducción de la imprenta en Nueva España; varón eminente y apostólico, que defendió á los indios con tanto amor como el célebre Obispo de Chiapa Fray Bartolomé de las Casas, pero sin las intemperancias á que éste se dejaba arrastrar por su vehementísimo carácter. Y en el mismo México, honrado por las virtudes de Fray Juan de Zumárraga, que es timbre y prez de Durango, donde vió la luz de la vida, encontramos á los guipuzcoanos Fray Andrés de Urdaneta y Miguel López de Legazpi, que por maravillosa manera se funden en santa concordia de pensamiento y acción para realizar la conquista espiritual y temporal del Archipiélago filipino, llevada á cabo más por la persuasión que por la fuerza de las armas, más por el imperio dulcemente irresistible del amor, que subyuga y avasalla corazones, que por el terror y la muerte que espantan y ahuyentan y no llegan jamas á ganar un espíritu. Y si de México pasamos á Panamá, y acompañamos á los primeros audaces viajeros que llegaron al Perú, encontramos entre ellos al alabés Pascual de Andagoya, á quien Gonzalo Fernández de Oviedo calificó de «hombre de noble conversación é virtuosa persona». Y en Chile Ercilla, que si no nació en Bizcaya, llevaba en sus venas sangre bizcaina, lucha con denuedo contra Arauco, y canta después aquellas singulares proezas en célebre poema, en que, no sólo da gallarda prueba de vigorosa inspiración poética, sino de honradez y caballeridad loable, pues hasta sus mismos enemigos resultan engrandecidos en la magnífica pintura que de ellos hace.

Por eso mismo, y dada la índole de la biblioteca, los fines á que se encamina su apertura como establecimiento público, y los especiales á que estoy en el deber de propender como Cronista de las Provincias Bascongadas, juzgo de suma utilidad que al trazarse el Catálogo crítico de que tantas veces voy hablando, se hagan notar en él sóbriamente aquellas indicaciones necesarias para conocer las relaciones existentes entre esta sección americana y la bascongada, y las noticias que para el esclarecimiento de cosas viejas del país euskalduna pueden encontrarse en los libros que tratan de América. De esta manera se tiende, por todos los medios, á promover una fecunda agitación histórica y literaria que tiene por objeto mostrar cada día más al aire y á la luz cuanto ha sido y es el pueblo de Aitor, y las empresas que, por sí solo, ó en colaboración con otras gentes, ha realizado en la sucesión de los siglos. Porque ello es indudable: para promover y



avivar agitaciones de esta especie, nada hay más eficaz ni más á propósito que contribuir á acrecentar los anhelos del erudito que desea internarse en las reconditeces más ocultas de nuestro pasado, y á despertar, en quien no la siente, la afición á esta clase de estudios, los cuales se hacen seductores cuando se facilitan los recursos necesarios para llevarlos á cabo, y se entrevé, como recompensa, el descubrimiento de sucesos ignorados ó poco conocidos, que produce en el alma un cierto placer purísimo, algo semejante al que debe experimentar el marino audaz cuando del fondo del Océano ve surgir una isla riente que hasta entonces había permanecido velada á las miradas del hombre civilizado.

Las secciones bascongada y americana son las únicas especiales cuya creación estimo útil por las razones que quedan indicadas, en la referida biblioteca.

Ahora bien: ¿en qué secciones han de dividirse todos los demás libros que esta colección encierra? Para fijarlas, hemos de tener en cuenta que, tratándose de una biblioteca que en su origen fué particular, la índole de la mayoría de los libros obedece, como es natural, á las aficiones de su propietario. Por eso hay muchas y muy notables obras de controversia religiosa y filosófica, muchos tratados magistrales de historia política y social, muchos admirables trabajos de crítica artística y literaria, y disquisiciones jurídicas de alto precio; y pocas, poquísimas obras de ciencias exactas, físicas y naturales. Y teniéndolo en cuenta, entiendo yo que cabe dividir las obras que pudiéramos llamar pertenecientes á las facultades de Derecho y Letras, en tres grandes secciones que abarcasen: la primera, las obras teológicas, filosóficas y morales; la segunda, las de derecho, así privado como público, en sus diversas fases y aspectos, incluyendo entre ellas los tratados de economía política, y los que, con neologismo ya generalizado por el uso, se llaman sociológicos; y la tercera, los trabajos lingüísticos, literarios y artísticos, por ser la lengua el material de que ha de valerse el literato para la producción de la belleza por medio de la palabra escrita.

Quizá convenga también crear otra sección denominada de historia y de geografía; porque, si bien es cierto que la mayor parte de las obras de historia tienen su lugar adecuado en alguna de las secciones de que acabo de hacer mérito, no puede negarse tampoco que hay otras que, por su carácter enciclopédico, ó por ser, más que historias propiamente dichas, materiales reunidos para escribirlas, no encajan,

sin dar motivo á confusión, en ninguna de las secciones mencionadas. Pero juzgo yo que, de todos modos, se verá si es conveniente la creación de tal sección, cuando vaya trazándose el Catálogo; aunque siempre, y aun cuando se separasen en sección aparte las obras que tratan de historia, habría que hacer en aquellas otras secciones las observaciones oportunas para que el que buscase, por ejemplo, en la de religión, teología y filosofía la *Historia de los Heterodoxos Españoles* de Menéndez Pelayo, ó la de los *Herejes de Italia*, de César Cantú, supiese dónde había de encontrarla. Algo propenso á confusión parece, por eso mismo, la creación de esta sección de historia y geografía, porque en cierta manera, y rebajando un poco de la hipérbole que contiene, viene á ser exacta aquella afirmación del egregio filósofo sevillano Sebastián Fox Morcillo, á juicio del cual, todas las ciencias se reducen á historia, porque no son más que el resultado de lo que, respecto á aquella materia, han especulado los hombres. La ciencia es progresiva por su índole misma, y no lo sería, si no pudiera recoger los frutos de la experiencia, los cuales han de ser naturalmente registrados por la historia. De ahí que, como ha dicho el P. Didon en su célebre libro sobre los alemanes y la Francia, la historia y la filosofía sean el nudo indisoluble de todas las ciencias humanas. Sobre un hecho cualquiera, así sea del dominio de las ciencias físicas y naturales, comienza el hombre á generalizar y á buscar la noción de ley, sin la cual no hay encadenamiento científico, ni ciencia en la legítima acepción de la palabra: ese hombre, en el mero hecho de buscar una causa, filosofa. En cambio, trata de averiguar los orígenes del descubrimiento de aquel fenómeno, ó la manera como los hijos de los hombres han ido levantando el velo que lo ocultaba, y en ese caso entra de lleno en los campos de la historia. He querido, Excmo. Sr., llamar la atención de V. E. acerca de este punto, á fin de que se fije en la dificultad que ofrece, en la mayoría de los casos, el señalar con precisión y exactitud matemática los límites en que se encierra cada una de las ramas de la ciencia.

A medida que se vaya ordenando la biblioteca se verá, por tanto, si es ó no conveniente la creación de esa sección de historia y geografía, y se verá también, si dentro de cada una de las que se crean, han de introducirse nuevas subdivisiones que simplifiquen el trabajo del investigador, pues á este fin se han de enderezar todos nuestros intentos. Y por más que mis facultades sean escasas, y ardua y penosa la

labor que me propongo realizar, no vacilo en acometerla, confiado en que, según afirmé en otra ocasión, el amor engendra en todos los esfuerzos humanos, aun en estos históricos y literarios, una especie de segunda vista. La voluntad firme y decidida aviva la luz de la inteligencia, y el amor, iluminando los objetos que nos proponemos ver, nos hace comprender por intuición lo que por análisis no podemos alcanzar.

Alentado por esa dulce esperanza, y por el entusiasmo que siento al pensar que puedo, con mi labor, prestar algún servicio á la cultura del país bascongado, y corresponder á la honra con que me favorecieron las Diputaciones hermanas cuando me nombraron su Cronista, obligándome así á convertir en deber lo que siempre fué inclinación arraigada y vehemente de mi espíritu, he de mostrar singular empeño en que no salga deslucido el trabajo que se me encomienda, con tanto mayor motivo cuanto es realmente extraordinaria la riqueza que contiene la mencionada Biblioteca, por abundar en ella libros que hoy son de difícil adquisición. Recordar tan sólo los más notables me llevaría muy lejos, pues sin fijarnos más que en una rama cualquiera, pongo por caso, en las obras que salieron á luz en Alemania, al calor del movimiento romántico, hay de ellas escogida y nutrida coleccion, en que figuran desde los hermanos Schlegel hasta Juan Pablo Richter y Zacarías Werner, sin contar los *Dioses mayores* de la poesía alemana de nuestro siglo, ó sean Goethe y Schiller, de cuyas obras completas hay magníficas ediciones. Y por lo que respecta á obras antiguas, y de extraordinaria nombradía, citemos, como ejemplo de casa, el célebre tratado *De Justitia et Jure*, de Domingo Soto, impreso en 1556, y en cuya alabanza bastará traer á la memoria aquel sabido y expresivo latinajo de las escuelas: *qui scit Sotum, scit totum*.

Para las obras que no quepan en ninguna de las secciones ya indicadas, se abre una denominada de *varios*, y á ella podrán ir, por el momento, por ser escaso su número, como queda dicho, las que traten de ciencias exactas, físicas y naturales. Si algún día, por los aumentos que tuviese esta biblioteca, fuese necesario crear alguna otra sección ó secciones con las obras que ahora formen esta de varios, lo enseñará la experiencia.

Mientras tanto, y como preliminar indispensable para que se franqueen al público todos los tesoros que yacen ocultos en esta biblioteca, se puede comenzar la formación de un Índice ó inventario general

por papeletas, en que se contengan: el nombre del autor, el título de la obra, su clasificación, ó sea sección á que pertenece, con alguna otra indicación que pareciere necesaria, tamaño y número de volúmenes, editor y fecha de la edición, y el estante y tabla en que provisionalmente se coloca, por no consentir otra cosa las deficiencias del local en que actualmente se halla instalada. Las secciones de que ha de constar este Índice, quedan ya expuestas á la consideración de V. E.; y el orden que dentro de cada sección se seguirá para inventariar los libros, será el alfabético de autores.

Una vez que se haya terminado este Índice general, del cual pudiera sacarse una copia en libro aparte que sirviera como de inventario de las obras que la Diputación de Bizcaya recibió de los herederos del ilustre Padre de Provincia D. Fidel de Sagarminaga, es posible la apertura de la biblioteca al público, sin perjuicio de ir yo, con ese Índice á la vista, y con las notas que en mis lecturas haya tomado, componiendo aquellos otros *Índices auxiliares y suplementarios* á que más atrás he hecho referencia, y preparando el Catálogo razonado y crítico, que ha de ser obra lenta y prolongada, pero que, por su utilidad, compensa con creces los esfuerzos que cueste su realización, aunque trascurren años antes de verla definitivamente terminada.

Me ha parecido del caso, Excmo. Sr., no sólo exponer á V. E. mis planes en lo tocante á la organización de esta biblioteca, sino también apuntar algunas breves consideraciones acerca de su importancia y riqueza, á fin de que V. E., que no necesita de estímulos cuando de fomentar la cultura de los espíritus se trata, vea la manera de que esta valiosa colección tenga el debido desarrollo, consignando al efecto en sus presupuestos aquellas partidas que juzgue prudentes para la adquisición de obras.

Trazados quedan ya mis propósitos, Excmo. Sr. Si V. E. se digna aprobarlos, y autorizarme á que los ponga por obra, se verán colmados mis anhelos, que no son otros que poner al servicio de Bizcaya, no sólo cuanto soy y lo poco que valgo, sino cuanto ser y valer pudiera. Únicamente de este modo satisfago la deuda de amor y gratitud que tengo contraída con el noble Señorío.

Bilbao, 30 de Octubre de 1896.

El Cronista de las Provincias Bascongadas,  
CARMELO DE ECHEGARAY.



## JESUSEN BIOTZARI

(ERDERAZKO *Altísimo Señor*-EN ANTZERA EREZTEKO EGIÑA)

Jaun guziz aundia,  
Aldarean zera  
Egin bat-batera  
Bildots ta artzaia,  
Aitor det egia,  
Damu det barrundik  
Iges egiña zu-gandik.

Aingeruak zuri  
Glorian begira  
Chit umillik dira  
Adoratzen ari,  
Zu beren janari  
Izan al-bazindez,  
Baiña irichi eziñez.

Bildots zerukoa,  
Belengo ogia,  
Gure janaria  
Ondo jatekoa,  
Gure Jaungoikoa,  
Biotzak zugana  
Daramazkitzun imana.

Aldareko jana  
Gustoz ugaria  
¡O zer miraria!  
Egiazko mana,  
Bagatoz zugana  
Anima garbiaz,  
Bete gaitzatzun gloriáz.

Zu bizi bizia  
Artzai ta bildotsa,  
Zeruen biotza,  
Gure nagusia,  
Ogian guzia,  
Jainko ta gizona,  
¡O nola zeran chit ona!

Amorezko sua  
Egiñik janari,  
Anima onari  
Zu ezti gozua,  
Oso doatsua  
Gurekin lurrian,  
Gero zeruko glorian.

P. M.

## UN ARTISTA DESCONOCIDO



JUAN ESTEBAN DE IZAGA

Queriendo el célebre Voltaire ponderar el carácter musical del pueblo euskaro, dijo de él que era *un petit peuple qui chante et danse au haut des Pyrénées* «un pequeño pueblo que canta y baila en la cumbre de los Pirineos». A nadie sorprenderá esta aserción del impío escritor francés, si se considera que cada nación, cada provincia, cada ciudad tiene su nota característica que las define y distingue de las demás, un *quid divinum* incomprensible, que el humano lenguaje ha querido llamarle carácter de un pueblo. Todos los pueblos son poetas y músicos, porque todos cantan y expresan sus sentimientos, en composiciones más ó menos cadenciosas y armónicas; pero ese dón sagrado de la música ha obrado tan hondamente en las siete tribus basco-nabarras, ó sea en todo el país euskaro, que la historia de su independencia y de sus gloriosas tradiciones, desde la época de las tribus patriarcales hasta nuestros días, está expresada solamente en sus leyendas y cantares. Por eso ha dicho muy bien el ilustre escritor nabarro D. Francisco N. Villoslada, que el pueblo de Basconia «no tiene historia propia que oponer á la de los extraños, ni más diplomas que sus cantares, ni más archivos que tradiciones y leyendas».

No es necesario que yo analice con el escalpelo del crítico esas joyas musicales de Euskal-erria, idílicas y frescas como sus montañas, para probar la verdad de mi aserto. Ahí están el cantor de nuestras tradiciones, el inmortal autor del *Gernikako arbola*, Sr. Iparraguirre, los maestros de la Real Capilla, Eslava, Albeniz, Guelbenzu y Zubiaurre; los profesores del Conservatorio nacional de Madrid, Mendizabal, Aranguren, Arrieta, Gaztambide y Zabalza; los hábiles organistas y compositores Santesteban, Gorriti, Bidaola, Urrandúrraga, Jimenez Ugalde, Lizárraga y los Zabalas; los célebres violinistas Arriaga y Sa-



rasate y los críticos de nuestra literatura musical el P. Uriarte y el malogrado Peña y Goñi, que son testimonios más que suficientes de que el país euskaro es el país clásico de la música. No pretendo yo enumerar una por una las glorias musicales de mi amada patria, la tierra de Aitor, porque tanto valdría contar las estrellas de oro que tachonan el azulado firmamento como contar la pléyade de genios que con sus creaciones han enaltecido al pueblo bascongado. Cumpliendo con una deuda de gratitud que todos contraemos con nuestro pueblo natal, solamente me propongo hoy presentar á los lectores de la acreditada Revista EUSKAL-ERRIA el rápido bosquejo biográfico de un artista músico que sintió su alma adornada con el dón inestimable del genio, de un guipuzcoano sabio é ilustrado que, merced á su modestia y á la de sus honrados descendientes, ha sido hasta el presente en la república de las artes *un artista desconocido*. Su nombre es Juan Esteban de Izaga, y Salinas de Leniz su patria dichosa. Según consta en la partida de bautismo que, gracias á la amabilidad del señor cura párroco de dicho pueblo D. Francisco de Ocerin poseo, vió la luz del mundo el día 26 de Diciembre de 1796. Nacido en el Valle Real de Leniz que, pintoresco y encantador cual ninguno, por su posición topográfica obliga á los hombres á mirar al cielo desde niños, recibió de sus virtuosos y nobles padres una educación verdaderamente cristiana. Deslizáronse alegres é inocentes los primeros años del niño Juan Esteban hasta que bien pronto, á la edad de cinco años y en una de esas circunstancias que parecen providenciales, dió á conocer su pasión por la música, señal inequívoca del porvenir artístico que le esperaba.

Cuéntase, en efecto, que un día de verano, al extender ya la noche su negro manto, distraíase su padre D. Pedro de Izaga, también músico aficionado, ejecutando con la flauta un melancólico *andante* del célebre Haydn, cuando, abandonando sus pueriles recreaciones, se introdujo el niño, sin ser notado, en la habitación de su padre, y ocultándose en un rincón, se puso á escuchar con una atención propia de un consumado maestro las delicadas notas del instrumento. Aún no había terminado D. Pedro la inspirada melodía del inmortal músico de Rohrán, y el tierno niño, herida el alma en su fibra más delicada y sintiéndose completamente enajenado, comenzó á derramar copioso llanto. Interpretó el padre el significado de las lágrimas de su hijo; vió que eran seguro presagio de una sensibilidad nada común y anhelos de un alma que se siente inundada de esos rayos indescriptibles de

que se halla rodeado el genio de un artista, y desde entonces comenzó á darle una educación musical, enseñándole él mismo las primeras lecciones de solfeo.

Gozoso el joven Juan Esteban de ver satisfechas sus aspiraciones, sentía tal atractivo por la música que, como el inocente niño no acierta á separarse de sus juguetes, así nuestro salinero no dejaba de las manos las lecciones que su padre le dictaba: comía con ellas en la mesa y dormía con ellas debajo de la almohada. Crecía en edad al mismo tiempo que se desarrollaban sus precoces facultades, y, además de la educación musical, decidiéronse sus padres á darle una carrera literaria digna del honrado puesto que su familia ocupaba en la sociedad. Enviáronle, por lo tanto, á la villa de Mondragón á estudiar latinidad con un *dómine*, el cual, llevando por divisa el aforismo pedagógico «la letra con sangre entra», metía en la mollera de sus discípulos la lengua de Lacio tan adentro, que no se les olvidaba jamás; pero dotado Juan Esteban de singular capacidad para el estudio, no tuvo necesidad el inflexible *dómine* de poner en práctica con el nuevo discípulo su tan prosaico aforismo. De Mondragón pasó al convento de PP. Franciscanos de Ntra. Sra. de Aranzazu á cursar la Filosofía, dedicándose á la vez á la música bajo la dirección del organista Fray Pedro Bengoa. ¡Cuántas veces inspirarían al joven músico las montañas colosales de Aloña con sus formas ciclópeas, con sus picos coronados de nieve que se esconden en las nubes y con las mugientes cataratas, que saltando se precipitan en las más profundas simas! Allí, en el silencio del claustro, llegó á poseer un perfecto conocimiento del órgano y piano, pudiendo ya interpretar con gran corrección las obras más difíciles de reputados maestros; pero él, que sentía arder en su frente la llama de la inspiración; él, que deseaba lanzarse al arte de componer para manifestar á los demás los elevados sentimientos de su corazón, se trasladó á Tolosa, para aprender el muy útil aunque árido estudio del contrapunto y fuga. ¿Con quién? Con otro fraile, prez y honra de la villa de Mondragón; con el inmortal autor del ya popular *Miserere*; con el sabio músico el P. Larramendi.

¡Y aún habrá menguadas lenguas que acusen á las Ordenes Religiosas de enemigas juradas de las artes!!....

FR. JESÚS I. SAGREDO, O. P.

(Se continuará)



# LE SIEGE DE SAINT-SÉBASTIEN

## CHAPITRE VI

### INCENDIE DE SAINT-SÉBASTIEN ET RENDITION DU CHATEAU

Les habitants de Saint-Sébastien accueillent avec joie la nouvelle du siège. — Leurs souhaits pour l'armée alliée. — Accueil des troupes formant les colonnes d'attaque. — Les notables rassemblés à l'Hôtel-de-Ville vont au devant des vainqueurs. — Ils sont injuriés et menacés. — Incendie et pillage de la Ville. — Viols et assassinats. — Les soldats des autres corps accourent au pillage. — Incendie systématique des maisons et des édifices. — Cause de ces crimes. — Officiers généraux tués ou blessés. — Pertes des deux côtés.

Selon le manifeste de l'Ayuntamiento de Saint-Sébastien, ce fut avec un vif sentiment de joie que les habitants de cette malheureuse ville virent apparaître les bataillons espagnols des premières troupes de blocus. Un grand nombre de personnes voulurent, paraît-il, quitter la place, avec leurs meubles et leurs objets précieux, mais le général Rey s'y opposa, et ils eurent à souffrir toutes les rigueurs du siège. A partir du 7 juillet, toutes les armes, jusqu'à l'épée la plus inoffensive, leur furent enlevées par voie de visites domiciliaires, et il en fut de même des outils de charpentiers ou de maçons qui pouvaient être enfermés dans les maisons. Tous les cœurs battaient pour la prise prochaine de la ville, et les prisonniers anglais et portugais qui furent faits par les troupes de la défense, le jour de l'assaut du 25 juillet, furent promptement secourus, et les blessés placés dans la paroisse de San-Vicente, soignés par les habitants.

Pendant ce temps, les batteries de l'armée de siège ne cessèrent de

faire pleuvoir sur la ville une grêle de projectiles; depuis le 23 jusqu'au 29 juillet, 63 maisons voisines de la brèche furent incendiées, mais grâce aux prompts secours qui furent apportés, les flammes furent éteintes et jusqu'au jour du dernier assaut que nous venons de raconter, il n'y eut pas d'autre incendie dans toute l'étendue de la ville. Ce fut avec la plus grande anxiété que l'on vit tout préparer pour la prise de la ville. Les souhaits les plus ardents furent faits par les habitants pour leur prochaine délivrance, et leur joie fut à son comble lorsqu'ils virent les troupes françaises battre lentement en retraite dans les rues. Quoique ces braves soldats eussent résisté de manière à recueillir les hommages de tout ce qui portait une épée en Europe, les habitants de la ville qui eurent tant à se plaindre de leurs prétendus libérateurs, prétendirent avoir vu, dans leur délire, les héroïques grenadiers noircis par la poudre, fuir en désordre vers le château.

Quoiqu'il en soit, le patriotisme des habitants fut exalté par la sanglante victoire que venaient de remporter les alliés. Les mouchoirs des dames de la ville s'agitaient aux fenêtres et aux balcons, mais les soldats vainqueurs, qui s'étaient répandus dans la cité, répondirent à ces témoignages d'amitié par une fusillade meurtrière dirigée sur ces mêmes balcons, et dans lesquels, dit le manifeste espagnol, beaucoup périrent victimes de l'effusion de leur amour pour leur Patrie. C'était là, en effet, un triste présage de ce qui allait succéder.

Depuis onze heures du matin, les notables s'étaient réunis dans la salle principale de l'Hôtel-de-Ville, lorsqu'une colonne anglaise parut sur la place. L'Alcalde alla la recevoir avec les personnes qui l'entouraient, et après avoir embrassé le commandant, le pria de les mener auprès du général. En traversant les rues encombrées de cadavres, ils furent insultés par un capitaine anglais, et ayant passé la brèche, ils arrivèrent près du général Hay, par qui ils furent bien reçus. Mais pendant que les plus grandes démonstrations d'amitié étaient faites par les vainqueurs aux Français qui avaient été pris, les armes à la main, dans l'intérieur de la ville, la fureur du soldat vainqueur se tourna contre les malheureux habitants.

Les descriptions les plus extraordinaires ne peuvent réussir à peindre cet effroyable tumulte. Le pillage, le viol, l'assassinat régnèrent en maîtres, et l'incendie, qui fut mis à plusieurs maisons à la fois, fit naître la plus grande épouvante. On entendait de tous côtés les cris horribles des femmes de tout âge violées par les soldats furieux. Les

épouses, dit le Manifeste, furent forcées, sous les yeux de leurs maris, les filles devant leurs mères. Une malheureuse enfant vit sa mère assassinée devant elle, et elle-même fut violée par une soldatesque effrénée sur ce cadavre chérie. Une autre malheureuse jeune fille, dont les cris se firent entendre toute la nuit, au coin de la rue San-Jerónimo, fut trouvée à l'aube, attachée à une barrique, entièrement nue, et après avoir assouvi la fureur lubrique de ces bêtes féroces, percée d'un coup de baïonnette qu'on avait laissé dans le corps; nombreux les habitants qui furent tués en voulant se sauver à travers les rues, les enfants eux-mêmes ne furent pas épargnés. Les Français réfugiés dans le château frémissaient de rage en entendant ces cris de détresse. Une maison de la calle Mayor fut incendiée par les soldats anglais, qui dansèrent joyeusement à la lueur des flammes.

Mais les malheurs de Saint-Sébastien ne devaient pas s'arrêter là. Toute la ville était en flammes. En outre des troupes qui y avaient pénétré après l'assaut, une foule de soldats de l'armée alliée accouraient au pillage. Ceux du camp d'Astigarraga s'étaient précipités menant avec eux des mules et des bêtes de somme, pour enlever plus aisément les objets qui pourraient tenter leur convoitise, et les équipages des vaisseaux anglais qui se trouvaient au port de Passage enlevèrent les objets les plus lourds et les plus encombrants. Un marché public fut ouvert à proximité du quartier général anglais, sans que l'on fit rien pour réprimer ces affreux excès. Les vases sacrés de l'Église de Santa-Maria, qui avaient été cachés dans un réduit secret, furent trouvés et vendus par un soldat portugais.

Comme l'incendie n'allait pas assez vite, les soldats alliés le propagèrent au moyen de matières inflammables et d'artifices: ainsi périt Saint-Sébastien: de 600 maisons qui existaient avant le siège dans son enceinte, 36 seulement restèrent debout, et encore parce qu'elles étaient pour ainsi dire occupées par la garnison et qu'elles étaient adossées à la muraille extérieure du château. Les deux Églises furent préservées, car elles servaient d'hôpitaux et de quartiers aux vainqueurs. Tout ce qui restait devint la proie des flammes. La plupart des maisons qui étaient à trois et quatre étages s'écroulèrent avec un inexprimable fracas. La maison consistoriale ou Hôtel-de-Ville, qui était superbe, la belle place neuve, n'étaient plus qu'un monceau de ruines. Il fallut les travaux extraordinaires et l'énergie sans pareille de cette brave population, pour faire renaître leur ville de ses cendres, presque

sans secours et sans appui. Ils furent abandonnés de tous, comme s'ils avaient mérité leur sort.

Nous ne nous attarderons pas davantage à ce récit. Nous ne raconterons ni les indignations de Wellington, ni les efforts que firent pour disculper leurs soldats de cette horrible action, les historiens anglais, qui ont écrit sur ce siège mémorable, et qui n'hésitèrent même pas à accuser les Français d'avoir mis le feu aux maisons en se retirant de la brèche, quoiqu'ils ne puissent guère expliquer les excès et les assassinats. Quelques auteurs espagnols disent que le grand commerce que cette ville faissait avec la France, et qui avait toujours excité la jalousie des anglais, fut cause de sa ruine. Mais quand Wellington arriva le lendemain de l'assaut, il trouva que sa conquête n'existait plus, et que les pertes immenses faites par les colonnes d'attaque ne compensaient pas les résultats obtenus.<sup>1</sup>

Trois généraux, Leith, Oswald et Robinson avaient été blessés dans les tranchées. Sir Richard Fletcher, ingénieur en chef, fut tué, et le colonel Burgoyne, qui lui succéda, fut blessé. Les volontaires avaient perdu la moitié de leur effectif; les autres régiments furent atteints dans les mêmes proportions. Les alliés perdirent dans cette journée 2.573 hommes tués ou blessés, et jusqu'au 1<sup>er</sup> septembre, le total général fut, d'après le rapport de Sir T. Graham, de 5.069 hommes. Le désastre eût été bien plus grand si la grande mine chargée de 1.200 livres de poudre qui avait été placée sous la tour de los Hornos n'eut eu le saucisson coupé au moment de l'attaque.

«De notre côté, dit le général Rey, nous perdîmes 250 hommes tués et 270 faits prisonniers, la plupart blessés, qu'on fut obligé d'abandonner dans l'église de Saint-Vincent, faute de pouvoir les loger au château; seulement on les recommanda à l'humanité du général Graham. Nous eûmes à regretter, parmi les morts, le chef de bataillon Gilet, commandant du génie; le chef de bataillon Gramaille, du 1<sup>er</sup> de ligne; le chef de bataillon de Luppé, des chasseurs de montagne; le capitaine du génie Saint-Georges et le lieutenant des pionniers Westrein. Le capitaine d'artillerie Gorse qui, avec sa pièce de 4, avait si puissamment contribué à la défense des brèches, fut grièvement blessé, de même que le capitaine Pavy, commandant du château. Le gouverneur, les colonels de Songeon et de Sentuarez, et le chef de bataillon

(1) GLEIG: *Journal d'un subalterne*. — *Journal de Larpent*.



Blancard, du 62<sup>e</sup>, furent blessés légèrement ainsi que le chef de bataillon Brion, commandant de l'artillerie, les capitaines Hugon et Dangueraud, et le lieutenant Mallet de la même arme.

Il fallait enfin se décider à attaquer le château situé sur le mont Urgull. Le 1<sup>er</sup> septembre, l'ennemi reprit son feu tandis que l'artillerie des Français était presque anéantie; les abris voûtés faisaient presque complètement défaut, et ils furent écrasés par les bombes et les obus. Ne sachant que faire de leurs prisonniers, qu'ils ne pouvaient plus préserver, ils les mirent à la vue de l'ennemi autour d'un petit magasin à poudre qui était surmonté d'un pavillon noir. Mais les coups furent aussitôt dirigés sur ce point et trente-quatre soldats anglais périrent victimes de la barbarie de leurs frères d'armes.

Les troupes assiégeantes continuèrent à travailler à leurs batteries, et tous les clochers et les terrasses des maisons élevées furent couvertes de bouches à feu, et le matin du 8 septembre, 59 pièces de canon, dont 25 mortiers ou obusiers, firent pleuvoir une grêle de projectiles sur le château qui, ayant vu sauter un dépôt de munitions, ne fut bientôt plus qu'un monceau de décombres.

On ne pouvait tenir davantage; à midi, le gouverneur fit arborer le drapeau blanc, et le colonel de Songeon se présenta pour traiter de la rendition de la place. Lorsqu'il fut présenté au général Sir T. Graham, celui-ci l'embrassa, et lui présentant une plume, lui dit: «Monsieur le colonel, lorsqu'on s'est défendu ainsi que vos troupes l'ont fait, on n'est pas vaincu, et l'on a le droit de dicter des conditions; écrivez-les....» «Monsieur, répondit le chef d'état-major du général Rey, nous ne demandons que les honneurs de la guerre, et le transport en France de nos blessés. Nous ne pouvons exiger d'autres conditions, car il ne nous reste plus même un boulet pour soutenir la négociation dont je suis chargé.» La capitulation fut signée aux conditions demandées.

Ce fut le lendemain un spectacle superbe et qui fit une impression profonde dans les âmes des soldats anglais. La garnison défila avec les honneurs de la guerre; de 3.200 hommes, elle était réduite à 1.858, sur lesquels près du 500 malades ou blessés. La place pouvait tenir huit à dix jours, elle tint soixante-treize jours de tranchée ouverte et trente-neuf de brèche, et reçut neuf assauts, dont six au corps de place.

La consommation des munitions faite par les Anglais est extraor-

dinaire, car ils tirèrent sur la ville 70.831 boulets, bombes et obus, et employèrent 5.579 barils de poudre de 90 livres.

L'Empereur Napoléon éleva d'un grade la presque totalité de la garnison et s'empessa de faire échanger ces braves soldats qui revinrent assez tôt en France pour prendre part aux dernières batailles de l'Empire.

Ainsi tomba Saint-Sébastien; des plaques commémoratives rappellent non pas les hauts faits de nos braves soldats, mais les malheurs dont la ville fut accablée. Le désastre est gravé en lettres d'or sur des plaques de marbre noir:

Rue du 31 Août, primitivement rue de la Trinité, on lit: *Calle de XXXI de Agosto, única que en este día del año MDCCCXIII se libró del incendio.* «La seule qui en ce jour de l'an 1813 échappa à l'incendie».

A l'entrée de la rue *San-Jerónimo*, qui mène perpendiculairement à la rue du 31 Août, on lit d'un côté:

*XXXI de Agosto de MDCCCXIII  
Los aliados toman por asalto esta ciudad  
Ocupada por el ejército invasor,  
La incendian, la saquean y degüellan  
Gran número de sus moradores.*

«Le 31 août 1813, les alliés prennent d'assaut cette ville occupée par l'armée d'invasion, la brûlent, la saccagent et égorgent grand nombre de ses habitants».

En face:

*VIII de Setiembre MDCCCXIII  
reunidos en Zubieta los habitantes dispersos  
á consecuencia de la hecatombe del XXXI de Agosto  
acuerdan reedificar la ciudad  
presa todavía de las llamas.*

«Le 8 septembre 1813, réunis à Zubieta, les habitants dispersés à la suite de l'hécatombe du 31 août, décident de réédifier la ville en ce moment la proie des flammes».<sup>1</sup>

Les nombreux Français qui vont chaque année la visiter par milliers, peuvent dire combien ils ont réussi.

M. E. DUCÉRE.

---

(1) A. PLANTÉ: *San Sebastián*

## CELTAS, IBEROS Y EUSKAROS

(CONTINUACIÓN)

Los Celtas invadieron á España y se mezclaron con los Iberos: además de esa invasión de que fué teatro la Europa occidental al fin de la época del reno, hubo otras invasiones posteriores, en los siglos IV y V antes de nuestra era. Pero estas invasiones no las llevaron á cabo los Celtas puros, sino los Galo-Celtas. De aquí procedió el pueblo Celtíbero, en quien predominaba la influencia celta, si hemos de creer á Plinio, que dijo eran la religión y la lengua de aquel, célticas. Galos, Celtíberos é Iberos diferían mucho entre sí, pero también compartían rasgos, especialmente los dos últimos, por ser el celtíbero pueblo mixto.

Reproduciré algunos datos antropológicos referentes á pueblos mencionados en esta sección:

Capacidad craneana de los Auverñates, 1598 centímetros cúbicos (hombres) y 1455 (mujeres); de los Bajo-Bretones de las Côtes-du-Nord (cantones galotes) 1599 (hombres) y 1426 (mujeres)—De los Bajo-Bretones de las Côtes-du-Nord (cantones bretonantes) 1564 cc. (hombres) y 1366 (mujeres);—de los Laponos, 1440 centímetros cúbicos.

Índice cefálico:—de los Bajo-Bretones (cantones galotes), 82,05;—de los Bajo-Bretones (Cantones bretonantes) 81,25;—de los Saboyanos, 83,63;—de los Fineses, 83,69;—de los Auverñates, 84,07;—de los Laponos, 85,07.

Índice vertical, ó de altura del cráneo (procedimiento de Broca):—de los Bajo-Bretones, 71,6 (hombres) y 70,8 (mujeres); de los Auverñates, 73,6 (hombres) y 73,8 (mujeres).

Circunferencia horizontal del cráneo:—de los Auverñates, 524,6 (hombres) y 502,8 (mujeres);—de los Laponos, 512,2 (hombres) y 504,0 (mujeres).

Diámetro frontal mínimo:—de los Auverñates, 97,7;—de los Bajo-Bretones (galotes), 98,0;—de los Bajo-Bretones (bretonantes), 97,3;—de los Laponos, 100,0.

Índice frontal:—de los Bajo-Bretones, 67,7;—de los Auverñates, 66,6.

Índice facial:—de los Bajo-Bretones (galotes), 68,5;—de los Auverñates, 67,9.

Índice nasal:—de los Laponos, 50,29.

Índice orbitario:—de los Auverñates, 85,5.

Prognatismo (facial):—de los Auverñates, 78°, 21.—Prognatismo (maxilar):—de los Auverñates, 77°, 00.

Prognatismo verdadero (sub-nasal):—de los Auverñates, 77°, 18;—de los Tureses, 75°, 53.

Ángulo basilar de Broca:—de los Auverñates, 14,72;—de los Bajo-Bretones, 16,02.

Ángulo facial de Jacquart (tomado en la glabella):—de los Auverñates, 81°, 25 (hombres) y 78°, 00 (mujeres);—de los Bajo-Bretones (galotes), 77°, 12 (hombres) y 76°, 08 (mujeres);—de los Bajo-Bretones (bretonantes), 78°, 43 (hombres) y 74°, 56 (mujeres).

Ángulo facial de Jacquart (tomado en el punto super-orbitario; ángulo ófrío-espinal de Broca); de los Auverñates, 75°, 11 (hombres) y 76°, 02 (mujeres);—de los Bajo-Bretones (galotes), 74°, 42 (hombres) y 75°, 51 (mujeres);—de los Bajos-Bretones (bretonantes), 76°, 81 (hombres) y 75°, 52 (mujeres).

Ángulo parietal:—de los Auverñates, 2°30 (medio) y —5° (mínimo); de los Laponos, 5°30 (medio) y —3° (mínimo).

Por efecto de este ángulo parietal que es muy bajo, aunque no sea el más bajo que hay en las razas existentes, la cabeza de Laponos y Auverñates es extraordinariamente angosta entre los pómulos, y ancha en la altura de las sienes.

Talla:—de los Fineses, 1<sup>m</sup>617; de los Laponos, 1<sup>m</sup>536.

La talla de los Auverñates es la más baja de Francia y la más baja de cuantas razas hablan una lengua arya. En los departamentos de Puy-de-Dôme, Haute-Vienne y la Correze, habitadas por dicha raza, las exenciones militares por cortos de talla suben á un 15 ó 19 por 100,

mientras que en los departamentos donde predominan los Galo-Belgas ó Kymris, apenas llegan á un 5 por 100.

Índice cefálico (en vivo):—de los Auverñates, 84,6; de los Bretones de tierra adentro, 84,9; de los Bretones costeros, 83,0; de los Fineses, 83,7.

Color de los cabellos y ojos, en los departamentos kymricos de Francia (Nord, Jura, Bas-Rhin, Moselle, Haut-Rhin y Meurthe): rubios, 55,0 por 100; castaños, 49,9; azules, 56,0; oscuros, 41,8. En los departamentos célticos (Correze, Haute Loire, Aveyron, Indre, Cantal, Ardeche, Dordogne): rubios, 21,8 por 100, castaños, 78,0; azules, 50,0; oscuros, id.

De los Celtas, realmente, sabemos muy poco; unidos á los Galos, estos atrajeron sobre sí las miradas y ellos permanecieron en la obscuridad de donde los va sacando la ciencia. La historia, empero, delata uno de los instintos políticos más duraderos é invariables; el cesarismo, ó sea el poder de uno sólo, adquirido con menosprecio de las leyes, por medios revolucionarios, halagando las pasiones de la muchedumbre. Luer se hizo rey de los Arvernos captándose la simpatía de la plebe, gracias á distribuciones de dinero; Vercingetorix abrió el camino de su exaltación á la realeza con un golpe de Estado, disolviendo el senado de su ciudad natal, valiéndose de un ejército de mercenarios.

## CAPÍTULO IV

SUMARIO: Braquicéfalos y dolicocéfalos.—Descendencia de las razas neolíticas fundamentales.—El turanismo; significación múltiple de este vocablo.—La población primitiva de Europa, era braquicéfala ó dolicocefala?—Hipótesis finesa de Retzius contradicha por Broca y su escuela.—Sucesiva aparición de las razas neolíticas.—Similitud de términos entre el problema aryo y el euskaro —Población primitiva y población histórica de Francia.—El actual pueblo francés, absorción del elemento dolicocefalo por el braquicéfalo.—La guerra franco-alemana en la antropología; razas y religiones; razas y civilización: razas y lenguas.—Hipótesis de Taylor acerca del origen céltico del baskuenze.—Hipótesis de Tubino acerca del origen bereber del pueblo basco; composición del grupo berberisco.—Paleo-etnología y antropología de España; paralelismo entre la prehistoria de Francia y la de España; hallazgos en San Isidro, Valdegeña, Valencia de Alcántara, etc., etc.—La lucha de razas; los trogloditas de Segobriga.—Período intermedio entre la piedra y metal.—Períodos del bronce y del cobre; teoría del Dr. Much.—Cuadro hipotético de la etnogenia española.—La prehistoria euskara: los dólmenes alabeses.—El actual pueblo español; disminución de la braquicefalia.—El pueblo basco y su lengua.—El dilema final: tránsito de la investigación antropológica á la histórica y lingüística.

Por importantes que sean las rectificaciones que los estudios posteriores sobre series más numerosas de ejemplares requieran en la apreciación del valor significativo de los datos antropológicos considerados como rasgos característicos de la individualidad de una raza determinada, ciertas generalizaciones permanecerán incólumes. Podrán las razas, y aún mejor, los pueblos, pasar de una á otra casilla.

Hemos visto que las razas neolíticas de Europa son cuatro; escandinava, ibérica, kymri y celta, y que la gran labor de la antropología y etnología consiste en entroncar con ellas, á las razas y pueblos históricos y modernos. Aun cabe que esta clasificación se rectifique, pero el fundamento de ella parece inmutable; la división de las razas en dolicocefalas y braquicéfalas es el terreno firme para la cimentación del edificio.

De esas cuatro razas, dos son dolicocefalas y dos braquicéfalas. Me-



dia un abismo entre ellas? Les unen lazos de parentesco? proceden de la evolución divergente de un tipo ancestral común? Claro es que sí, si nos referimos á los orígenes del reino humano, y desde este punto de vista no formularía semejantes preguntas. El alcance de mis palabras es mucho más restringido; se contrae á las razas ya constituídas é individualizadas, así como cuando digo pueblos autóctonos ó aborígenes, signífico los primeros ocupantes de la región, no los nacidos en ella; suenan mis palabras con el mismo sentido que le dan los antropólogos monogenistas. Por tanto yo no pregunto si los braquicéfalos y dolicocefalos descienden de unos mismos primeros padres, sino si por ejemplo la raza A dió origen á la B después de constituída, ó si al contrario, se constituyeron paralelamente, con independencia mútua, una vez desprendidas, por decirlo así, de la matriz común; en el segundo caso bien puede decirse, con expresión figurada, que no son parientes.

Cierta conformidad de tipo que algunos antropólogos advierten entre la raza de Canstadt, hipotético ascendiente de los Escandinavos y la de Cro-Magnon de los iberos, les autoriza á suponer que ambas razas dolicocefalas, la alta y rubia y la pequeña y morena, descienden de un remotísimo ascendiente paleolítico común.

Como quiera que la estatura, el pronatismo y el color de los ojos y cabellos son, según lo advertimos anteriormente, caracteres más variables que no la forma del cráneo y de las órbitas, hay autores que afirman el íntimo parentesco de las dos razas braquicéfalas, de los falsos y de los verdaderos Celtas, de Kymris y Ligures.

El Dr. Churnam asegura que los braquicéfalos de Inglaterra, Francia y Dinamarca son de la misma familia que los Fineses, y al total que resulta de estos sumandos, lo denomina raza «turania» ó «turani». Huxley estima que el tipo de Disentis (Suiza), los Alemanes del Sur, los Eslavos y fineses pertenecen á una gran raza pantocroide de cabellos rubios y cabeza ancha «que se extendió á través de Europa, desde la Gran Bretaña hasta la Sarmacia y aun más lejos, por el este y el sur».

El concepto equívoco de turanio gozó de extraordinaria boga durante algún tiempo. Pero la pluralidad de sentidos disminuye notablemente su valor científico, y aun le despoja de él. Algunos llaman turanio á lo que no es ni aryo ni semita; otros lo emplean como sinónimo de aglutinante, es decir, como opuesto á lo monosilábico y flexional y propio de la segunda forma lingüística, y otros denominan

turánico al grupo de lenguas uralo-altaicas ó altaicas (samoyedo, finés, turco, mongol y tungús). De esta suerte, el baskuenze que es lengua, aglutinante, queda dentro de la demarcación turania, y con el idioma á una, ó por causa del idioma, son adscritos los Baskos á esa raza.

Además de los sentidos puramente lingüísticos, disfruta el calificativo de un sentido antropológico. Se supone que el patriarca Thur fué el padre de cierta raza turania,<sup>1</sup> que hablaba una lengua madre de los idiomas llamados turaneses. El Zend-Avesta menciona las luchas entre el Iran y el Turan, y esto sirvió para dar visos de verosimilitud á la hipótesis. Estos Turaneses fueron vecinos, un tiempo, de los Aryas en el corazón de Asia; al separarse de ellos, tomaron dos rumbos, hácia la Mongolia estos, hácia el poniente aquellos. Los que llegaron á Europa se subdividieron en tres grupos; al sudoeste los Baskos; los Escandinavos, Lapones y Finlandeses al noroeste, y al centro los Húngaros ó Madgyares.

El turanismo, «transición entre los Chinos y los Aryas» según Bunsen, denominador común de todas las nesciencias de la etnología y la lingüística, se ha constituido barajando lenguas, razas y pueblos.

Es un vasto, vastísimo mundo tenebroso. Sus voces en la historia son los martillos de Tubal-Quaïn y el galope de los caballos de Atila. Las razas finesas, turcas y húngaras, el grupo uralo-altaico, dice Renan, no tuvieron otro arte que el de la destrucción, y nunca supieron organizar civilización propia. Caracteres dignos de la filiación quaïnita que algunos imponen á los Turanios, viendo el cumplimiento de la maldición de Yahoech á Quaïn; «vivirás fugitivo y errante sobre la tierra». Oigamos á Zenaida Ragozin: «En todas partes donde existen Turanios puros, son nómadas; y cuando há quince siglos, y aun después, enjambres innúmeros de pueblos bárbaros inundaron la Europa, procedentes de Oriente, y assolándolo todo, las hordas turanias podían ser conocidas fácilmente, porque destruían, quemaban, asolaban y pasaban como los huracanes, desvaneciéndose en seguida».<sup>2</sup>

Pero este juicio desfavorable, contra el cual se revuelven ciertos sábios que manejan las inscripciones cuneiformes y los que se apoyan en los descubrimientos de la arqueología prehistórica, deduciendo de

(1) Otros explican el nombre por una palabra irania que significa enemigo; el Turan, era, pues, el país de los enemigos.

(2) *Historia de Caldea*.

las investigaciones de Mr. Alex. Bertrand y del conde Conestabile que el país de los Tibarianos y Chalibes (pueblos del Tabal y Mesech) fué cuna de un arte y civilización que extendieron durante el período calificado de *edad del bronce*, su influencia hasta el norte de Europa, antes de las grandes navegaciones fenicias y el desarrollo de la cultura etrusca; este juicio desfavorable á los llamados Turanios habría de rectificarse si se estimara probado, ó llegara á probarse, que establecidos en la gran llanura de Shinerá, crearon la civilización pre-semítica de Acad y Sumir, hecho que sería el más nuevo y sorprendente que haya dado de sí el desciframiento de las mencionadas inscripciones de Asiria. Esta hipótesis es reciamente contradicha, incurriendo los críticos, como suele suceder, en notorias exageraciones. Hasta se ha negado la existencia de la lengua acadiana ó sumeriana, la cual, en concepto de esos críticos, es pura y simplemente el asirio, la lengua semítica de Nínive y Babilonia, escrita con un sistema particular de ideogramas.<sup>1</sup> Que la lengua sumeriana es aglutinante, parece cosa probada;<sup>2</sup> que esa lengua sea uralo-altaica y el pueblo autor de la escritura cuneiforme pertenezca á la llamada raza turania, es aserto mucho más problemático. La superposición de dos razas en aquellos países caldeos, y asirios, dolicocefala una y braquicefala la otra, la acreditan representaciones plásticas allí desenterradas.<sup>3</sup>

Sin duda porque el insigne príncipe Bonaparte publicó una Memoria, breve pero substanciosa, acerca de algunas analogías existentes en-

(1) Joseph Alevy: *Observations critiques sur les pretendus Touraniens de la Babilonie*, in *Journal Asiatique*: Junio 1874.

(2) *La langue primitive de la Chaldée et les idiomes touraniens*, par François Lenormant: Paris, 1875.

(3) Los arqueólogos señalan en los monumentos y obras de arte caldeo babilónicos la existencia simultánea de dos tipos étnicos distintos en la población babilónica, y sobre todo caldea: espigado, francamente dolicocefalo y de nariz aguileña el primero; rechoncho, de cabeza globulosa, pómulos salientes y nariz ahondada en la base el segundo. Manifiestamente semítico aquel, presenta éste gran afinidad con el tipo de los pueblos que parecen ser el anillo intermedio entre la raza caucásica y la mongólica. Como ejemplos se suele citar la figura grabada del rey de Babilonia *Marduk-idin-akhe* y la figura de un aldeano que forma parte de un bajo relieve descubierto en Senkereh. Mr. Hamy, que examinó las fotografías sacadas, declaró que, sobre todo el aldeano, era tipo diferente de los Syro-árabes ó Semitas, aun tal como lo representan los monumentos babilónico-caldeos; el cráneo semita es sumamente prolongado.

tre la gramática de las lenguas finesas y el baskuenze<sup>1</sup> se apresuraron algunos á incluir á los Baskos en las filas de las lenguas y pueblos turanios, dando cuerpo á una idea que andaba vagando desde la teoría de Retzius. Así, por ejemplo, el ilustre Sayce declara que cada día le parece más estrecha la relación entre la lengua euskara y las de la familia uralo-altaica, sobre todo si se emplea para la comparación la lengua sumeriana, ejemplar el más añejo de la familia turania. «Apesar del ancho intervalo abierto por el tiempo, el espacio y la falta de relaciones sociales, podemos señalar muchas palabras que son comunes al acadiano y al basko.» Pequeña prueba de parentesco es esta, que á lo más sirve para revelar el contacto mediato ó inmediato de dos idiomas; es punto que examinaré, aunque ligeramente, en la tercera parte.

Cuál de los dos tipos, el dolicocefalo ó el braquicefalo, es el de los primitivos habitantes de Europa? Cuál de ellos representa á los primeros ocupantes del suelo y cuál á los invasores?

El famoso antropólogo sueco Retzius contestó á estas preguntas elaborando una teoría, que durante bastante tiempo fué generalmente admitida. Según este sabio, los habitantes primitivos de Europa eran Tártaros ó Mogoles procedentes de Asia, los cuales ocuparon el occidente desde la Laponia hasta Gibraltar. Tenían el cráneo braquicefalo y ancho el rostro y hablaban un idioma turanio. Después llegaron de Oriente los Aryas, dolicocefalos, de cara larga, é idiomas flexionales, más civilizados y provistos de armas de metal, y los aborígenes quedaron acorralados en las breñas del Pirineo y los bosques y pantanos del Norte. Las reliquias de la primera raza son los Baskos, los Ugros del Danubio y Volga, los Lapones y los Fineses.<sup>2</sup> Efectivamente, estas razas son braquicefalas y hablan lenguas aglutinantes. El baskuenze forma parte de esta clase de idiomas, y Retzius temerariamente dedujo de la comunidad de estructura gramatical la consanguinidad étnica, apoyándose, además, en el hecho de ser braquicefalos cinco cráneos baskos de su colección. Los cuales, bien miradas las cosas, quedan reducidos á tres, porque se niega la autenticidad de los dos restantes. Contribuyó eficazmente á la boga de la «teoría finesa» la pluma brillantísima y la reputación de Max Müller que la prohibió.

(1) *Langue basque et langues finnoises*. Londres, 1862.

(2) Los fineses son rubios y colorados, de ojos grises ó verdes, braquicefalos, y chicos de talla. Lineo los describió en los siguientes términos: *Fennones corpore toroso, capillis flavis, pro lexis, oculorum iridibus fuscis*.